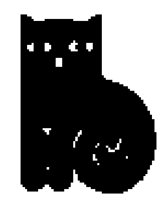
CONQUISTA ESPACIO

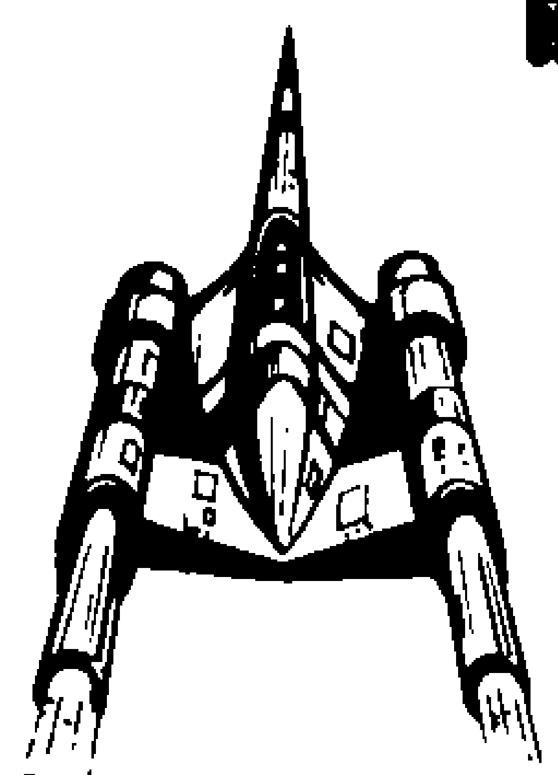


ESFINGE COSMICA

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

705 – El imperio de Re-Apharax – *Kelltom McIntire*
706 – Mundo a la deriva – *Clark Carrados*
707 – Barbarroja del espacio – *A. Thorkent*
708 – Las momias – *Ralph Barby*
709 – Nuestros pequeños visitantes – *Lou Carrigan*

CURTIS

GARLAND

ESFINGE CÓSMICA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 710

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: abril, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier

semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650)
Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Había sido un error.

Un grave error. Un imperdonable y terrible error. Pero no podía acusar de ello a nadie. No podía enfurecerse con nadie, porque todo y todos estaban demasiado lejos de él para semejante expansión natural.

Lejos en el espacio. Lejos en el tiempo. Lejos en todo sentido.

—Dios mío, no —se quejó amargamente—. ¿Por qué, por qué?

Y contempló de nuevo el indicador temporal, con sus escalofriantes cifras brillando allí, en aquel implacable reloj electrónico de alta precisión, situado ante sus ojos incrédulos e indignados.

Las cifras luminosas, con su frío, aséptico color verde esmeralda en el fondo negro de la pantalla, eran más elocuentes que cualquier otra cosa. Y también más demoledoras.

—Año tres mil ciento setenta y cinco... —recitó amargamente—. Mes de marzo, día veintidós, diecisiete horas, treinta segundos y seis décimas... ¡Oh, maldito seas! ¿Y qué hago yo en este año, en este siglo? ¿Qué pinto yo aquí, donde ya no queda nada de lo que conocí?

Y exasperado, golpeó con sus puños la pantalla de cuarzo, pero fue en vano. Su vidrio era irrompible, a prueba de choques, y nadie podía alterar el curso inmutable del reloj electrónico. Debajo aparecían las cifras

complicadas del llamado Tiempo Estelar, pero eso le importaba ya muy poco a él.

Lo realmente importante era aquello otro: año 3175 de la Tierra, de la Era Cristiana. Siglo XXXII de esa misma Era...

—Mil años... —gimió—. ¡Mil años durmiendo ese sueño maldito e interminable! ¡Mil años convertido en un cadáver viviente, en esa cápsula de hibernación! ¿Y por qué, para qué? Un condenado error en el cálculo, un fallo técnico en el dispositivo... y despierto mil años después. Cuando ya todo da lo mismo...

Abatido, Rhan Seldon se dejó caer en uno de los confortables asientos de su prisión cósmica. Trató de no pensar en el significado espantoso de aquellas cifras sobre una pantalla, en el sueño interminable de un milenio, que le apartaba total y definitivamente de aquello que le fuera familiar.

—Mil años navegando en el vacío... —susurró, recordando algo.

Y conectó la pantalla espacial de situación. Un panel de vidrio negro se iluminó de azul intenso. Trató de ver en él el Sistema Solar. No lo logró. Quedaba fuera del campo visual de la pantalla. Eso quería decir que estaba demasiado lejos de su Sistema, de la Tierra. Había surcado el espacio durante mil años de sueño profundo. Ahora, tal vez, ni siquiera existía ya la Tierra, su mundo de origen. De los hombres que le juzgaron y condenaron

por el delito de rebelión contra el Estado, ¿qué podía quedar? Ni siquiera el recuerdo. El año 2175 quedaba tan lejos ya...

Se echó a reír de repente, como si se hubiera vuelto loco. Se reía porque de pronto le veía la gracia al puro absurdo, al disparate de un error descomunal como aquel. Sus verdugos, al sentenciarle a cadena perpetua en el cielo, a bordo de la prisión espacial, le habían programado un sueño hibernado de diez años, lo suficiente para estar lejos, muy lejos del planeta Tierra, sin posibilidades humanas de regresar.

Y los muy estúpidos habían hecho todo tan mal, que en vez de diez años, había dormido cien veces ese tiempo. Era una forma de vencerles. Les había sobrevivido en más de nueve siglos a todos los que le juzgaron y encontraron culpables, a los todopoderosos señores de la Ley Nueva en el planeta Tierra, del Orden Superior del Consejo Federal Terrestre y sus rígidas leyes autoritarias...

¿Qué era ahora de toda aquella chusma dictatorial? ¿Y qué era de él, a mil años de distancia en tiempo y espacio del que fuera su mundo, su gente, su época, su vida misma?

No le preocupaba en exceso la respuesta a esas interrogantes, de todos modos. Estaban tan lejos de lo que le había sido familiar hasta entonces, que no valía la pena preocuparse por ello. No podía volver a su mundo. No hubiese podido hacerlo tampoco ni aun yendo las cosas conforme a lo previsto. Su condena era a perpetuidad, para no ser conmutada nunca. Sólo la muerte, perdido en el espacio, daría fin a ese aislamiento, a esa soledad en el vacío estelar.

Ahora, en cierto modo se había burlado de sus propios

verdugos, escapando a todas sus decisiones por una jugarreta del destino. Ya nadie podía hacerle nada. Todos sus jueces habían muerto, sus acusadores desaparecidos hacía siglos. Su fiscal era simple polvo a estas alturas. Él les había sobrevivido a todos en más de novecientos años. Era la pirueta más grotesca y trágicamente cómica de toda su vida. Posiblemente una de las más inverosímiles y absurdas de la historia de la propia Humanidad. Las leyes rígidas y autoritarias de todo un sistema escarnecidas por el Tiempo, por un error mecánico a bordo de una nave-prisión.

Rhan Seldon se echó a reír de repente. Sus carcajadas se hicieron casi histéricas. No podía por menos de reaccionar así ante los hechos. Esa risa
nerviosa duró varios minutos, mientras recorría frenético la cabina de auto- control.

Al fin, exhausto, se dejó caer en un asiento y contempló el panorama cósmico con aire abstraído. Estrellas, manchas galácticas de luz en la distancia, nebulosas remotas... Todo le era perfectamente desconocido. No sabía dónde estaba. Ni le importaba. Aquella nave, autodirigida por sus mecanismos y sus computadoras, sobre los que él ninguna influencia podía ejercer, como simple prisionero y no como piloto podía navegar

indefinidamente por el piélago inmenso del Cosmos sin detenerse jamás. Poseía energía suficiente para una eternidad o poco menos, ya que la propia luz solar o de otros astros luminosos reactivaba el sistema de baterías de a bordo, recogiendo toda forma energética a través de sus paneles solares. Sólo los alimentos y los hidratos no podían durar siglos. Ni él tampoco.

Una vez dejada atrás la larga hibernación, se enfrentaba realmente con la vida, con su período vital. Aunque tenía más de mil años, seguía siendo el mismo, aquel tiempo no contaba físicamente para él. Pero ahora, ya despierto, estaba sometido como cualquier otro mortal a las leyes inexorables de la naturaleza. Viviría los años que Dios le otorgara. Y moriría allí, en aquella cápsula errante, entre muros de vidrio, plástico y metales tan livianos como fuertes, en aquella cárcel flotante en el negro vacío de lo eterno. Era su destino, y a él presentía que iba a serle imposible escapar. Soñar con un planeta habitable, con posarse en alguna parte y poder respirar aire libre, vivir sobre terreno firme, era sólo eso: un sueño, casi una utopía en sus circunstancias.

—Tal vez tengan razón los que afirmaron que el Universo es una inmensa masa de mundos vacíos, donde sólo la Tierra está habitada... —
musitó, sombrío, contemplando la enormidad de puntos luminosos que tachonaban aquel cielo de formas celestes —. Los astronautas que viajaron, las naves-sonda enviadas a remotos confines durante la Era Espacial, ¿qué encontraron? Nada. Sólo mundos desiertos, inhabitados, soles y planetas donde no había otra cosa que desolación, cráteres, ausencia de oxígeno, de
toda forma de vida orgánica... ¿Por qué ha de haber ahí, en esa inmensidad,
un solo sitio donde una forma de existencia inteligente me ofrezca su esperanza precisamente a mí?

Era una conclusión desoladora, pesimista, pero llena de

realismo a su juicio. Rhan comprendía que estaba condenado a habitar de por vida entre aquellos muros, condenado a ir consumiendo sus alimentos deshidratados, sus líquidos concentrados, a pasear por aquellas cámaras reducidas, a ver siempre los mismos límites en torno suyo, con el infinito allá fuera, tan próximo a él... y sin embargo tan lejano a la vez.

Rhan aceptó filosófica, resignadamente, toda esa realidad cruda y terrible. No se exasperó. Había perdido ya la capacidad de desalentarse ante la fatalidad. Estaba demasiado habituado a ella, y su largo sueño de mil años no había contribuido en nada a borrar de su mente los amargos recuerdos de su estéril lucha contra la tiranía, de su alineación con los rebeldes, de su captura y condena por las fuerzas de seguridad del Orden Superior, de su encierro en la nave-prisión para siempre.

Poco después, ingería unos alimentos concentrados, que la máquina le entregaba según su solicitud. El café que completó su frugal comida sabía bien, pese a estar hidratado artificialmente. Su sabor le trajo vagos recuerdos de su remota existencia en la Tierra. Trató de borrarlos de su mente.

Se abstrajo en el estudio de su situación actual, pidiendo datos a la computadora. La máquina se los facilitó dócilmente. Era un ingenio que le obedecía en todo... menos en alterar el curso del viaje. Los técnicos la habían programado para que jamás pudiera regresar a la Tierra, y la computadora se limitaba a cumplir esas órdenes recibidas en su memoria. Pero no por ello se negaba a facilitar información al solitario viajero, si así lo quería él.

No sacó mucho en claro. Navegaba por una remota zona cósmica, según la máquina. Sus coordenadas, en el mapa universal, parecían corresponder a un sector cercano a Hércules y la Gran Nebulosa M13. Le aterró la noticia.

—Dios mío... La nave ha debido viajar a una súper-velocidad increíble... —musitó, hablando consigo mismo—. Que yo sepa, la Gran
Nebulosa de Hércules dista treinta y cuatro mil años luz de la Tierra... Eso quiere decir que esta nave, en ocasiones durante mi sueño, ha debido viajar hasta a cincuenta veces la velocidad de la luz...

Sabía que la prisión espacial podía desarrollar ultra-velocidades superiores a la de la propia luz en determinadas circunstancias, pero nunca
imaginó que un ser humano pudiera haber soportado esa prueba enloquece- dora sin sufrir daño alguno.

Fuese como fuese, estaba a treinta y cuatro mil años luz del planeta Tierra. Una cifra casi inconmensurable de millones de millas le separaban de su mundo y de su gente, si es que aún quedaba algo de todo eso allá, en
el remoto Sistema Solar de
donde procedía.

Trató de hacerse a la idea lo más rápidamente posible. Su mente se iba habituando a lo insólito y hasta a lo absurdo de tal modo que muy pronto asimiló la desconcertante realidad, y siguió en pantalla los detalles fasci- nantes de aquella travesía suya por los piélagos de

Hércules, descubriendo con asombrosa nitidez la existencia de las cuatro estrellas de tercera y cuarta magnitud que formaban el centro mismo de la constelación, así como la inmensa mancha luminosa de su gran nube cósmica, la Nebulosa MI3, con más de cincuenta mil estrellas en su núcleo radiante.

Vega, deslumbrante y casi gigantesca ahora a causa de su proximidad, brillaba como un inmenso faro en el mar tenebroso de la noche cósmica,
allá a su derecha, en
dirección norte.

Sabía que un largo, interminable viaje en el que hasta lo más maravilloso y espectacular del Cosmos iba a acabar convirtiéndose en
rutinario e irritante para él, comenzaba en esos momentos. A partir de ahora, sólo de él dependería que no llegara a volverse loco en su terrible soledad, que no perdiera la razón, como anacoreta del espacio. Una filmoteca de reportajes, películas y ficciones, era todo lo que había a bordo para agotar las interminables horas de travesía cósmica, para llenar toda una vida de vacío, solitud y, posiblemente, claustrofobia, exasperación, mo-

mentos de demencia y de abatimiento total.

Trató de mentalizarse para afrontar todo eso. Pero sabía que no iba a ser posible. Que no era un súper hombre ni una máquina. Era sólo una criatura humana, sola y aislada, rodeado por el vacío más sobrecogedor imaginable, perdido para siempre en el Cosmos, solo con sus recuerdos en el más desolador cautiverio que se podía llegar a conocer.

—Sólo espero que Dios me ayude... o mi muerte será la única liberación posible —habló desolado, la mirada perdida en el piélago inagotable de astros, galaxias, nubes de luz y soles radiantes que formaban su entorno, fascinante y aterrador a la vez.

CAPÍTULO II

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Le era imposible saberlo. No quería ni siquiera mirar el implacable calendario electrónico que marcaba el tiempo convencional y el tiempo
estelar. No quería saber nada de su mayor enemigo, el Tiempo.

Sólo sabía que llevaba días, semanas, acaso meses, despierto dentro de aquella nave, que ahora la marcha era regular, y que estaba en el corazón mismo de Hércules, no lejos de la Gran Nebulosa, cuya mancha resultaba ahora inmensa, cubriendo con su núcleo gigantesco de estrellas casi la
totalidad de la visión en pantalla y en el ventanal de la nave-prisión.

Las maravillas espaciales habían dejado de serlo para él hacía tiempo. La rutina puede acabar incluso con lo más hermoso, a fuerza de verlo cada día.

Rhan Seldon ingirió alimentos, durmió un poco y luego conectó el video tridimensional contemplando un viejo reportaje de viajes por la Tierra. Esperaba que la visión de aquellos antiguos recuerdos le hicieran
algún bien. Fue todo lo contrario. Airado, arrancó del proyector la cinta, cuando las imágenes presentaban panorámicas hermosas de su ciudad natal, Nueva York. La gigantesca urbe, con sus entonces treinta y cinco millones de habitantes, se deformó y rompió en pantalla, dejando de desfilar ante los ojos del cautivo cósmico.

Tiró lejos de sí la grabación magnética, y ni siquiera trató de conectar
después la vieja película programada. Había perdido todo

deseo de seguir contemplando imágenes de otro tiempo, de otro lugar. Era como recorrer un museo milagrosamente indemne en medio de un planeta destruido por un holocausto nuclear total. Sólo quedaban él y aquellas cintas grabadas, como lo único vivo perteneciente al siglo XXII en la Tierra. Tal vez como lo único que sobrevivió al propio planeta en aquellos mil años de distancia...

No había tabaco a bordo. Los cigarrillos habían sido prohibidos por el Orden Superior, a causa de su nociva influencia en el organismo humano. Rhan hubiera deseado, sin embargo, disponer ahora de uno de aquellos anhelados cigarrillos para saborearlo y calmar sus nervios excitados. Una pastilla en su boca no le hizo el menor efecto, pese a ser considerada como el sucedáneo perfecto para los fumadores,

Aquél parecía que iba a ser un día rutinario, como tantos otros hasta entonces, desde su despertar de un milenio.

Sin embargo, pronto cambió de idea al respecto. Todo comenzó con la extraña sacudida a bordo.

Se incorporó, sobresaltado. Había captado perfectamente la violenta

vibración, el movimiento brusco. Fue como cuando un aparato en vuelo caía en un bache o un vehículo terrestre estaba a punto de volcar.

Se volvió vivamente hacia la pantalla de la computadora, tratando de averiguar la causa de todo aquello. La máquina también había detectado algo. Su pantalla estaba iluminada en rojo y aparecía una advertencia
preocupante:

ALARMA

Algo sucedía. Se preguntó lo que podía ser. No sentía miedo. Si era llegado el momento de morir, tal vez fuese lo mejor. Aquello pondría fin a todo.

Conectó el canal de información para saber a qué se debía la alarma. La computadora le dio una respuesta poco clara:

FALTA INFORMACION PARA IDENTIFICAR MOTIVO CONCRETO DE LA ALARMA, PERO LA SITUACION A BORDO NO

ES

LA

PREVISTA.

—No es la prevista... —masculló Rhan, ceñudo—. ¡No es la prevista!
¿Y qué diablos puede significar eso? Esa maldita máquina no es muy elocuente...

Se repitió la sacudida, esta vez más violenta. La pantalla parpadeó en rojo y la palabra se repitió en ella:

ALARMA…

Era un doble indicio de que las cosas andaban mal por alguna razón tan oscura para él como para la computadora. Trató de averiguar más detalles, pero el mecanismo electrónico permaneció herméticamente cerrado a toda información concreta.

Comprobó que los mecanismos de seguridad estaban correctamente, y que no se había disparado ninguno de ellos, lo cual hacía suponer que el riesgo no era tan grave como pudiera parecer, pero entraba en lo posible que algún peligro nunca soñado por el hombre de la Tierra pudiera surgir del espacio, alterando todos los planes programados de antemano para los riesgos convencionales.

La tercera sacudida, mucho más violenta, preocupó seriamente a Rhan, porque le arrojó contra la pared, hizo temblar con fuerza a toda la nave, e incluso las luces a bordo oscilaron, pareciendo a punto de extinguirse.

—¡Maldición! ¿Qué diablos es lo que está ocurriendo aquí? —rezongó el cautivo, aferrándose a un saliente para no caer dando tumbos por el

suelo.

En ese momento, la palabra «alarma» dejó de figurar en la pantalla roja, y ésta se empezó a cubrir de caracteres escritos, en color azul intenso, que fluctuaba fosforescente sobre el fondo escarlata de la situación de alerta a bordo.

Rhan se precipitó hacia la pantalla, para leer aquel texto que la máquina iba componiendo como información de emergencia:

PRODUCIDO CHOQUE CON BARRERA MAGNETICA EN EL ESPACIO.

PENETRACION EN ZONA DESCONOCIDA, ATRAIDOS POR UNA FUERZA GRAVITATORIA NO PREVISTA NI IDENTIFICABLE.

LOS MANDOS DE AUTOCONTROL Y RUTA NO RESPONDEN A RECTIFICACIONES PROGRAMADAS.

NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA MAS INFORMACION.

—Una barrera magnética…, zona desconocida…, fuerza gravitatoria no prevista... ¡y los mandos no responden! —Rhan trató en vano de manipular los controles manuales de emergencia. La nave no alteraba su rumbo ni su velocidad, claramente en progresión creciente a juzgar por los indicios de a bordo.

Estaba precipitándose hacia alguna parte por la razón que fuese. Y ni él ni la computadora parecían capaces de impedirlo. Esa era la cruda realidad.

*

*

*

La caída era ya vertiginosa.

Porque podía calificársele de auténtica «caída» a aquel vuelo hacia lo desconocido, a través de una especie de turbulencia luminosa, una evanescente nebulosa de gas radiante, que a distancia le había parecido en principio una masa cósmica contra la que se estrellaría sin remedio, para convertirse de inmediato en tan sólo un pasillo de luz, algo a semejanza de un torbellino lumínico por cuyo interior se deslizaba la nave-prisión a toda velocidad.

Todos los esfuerzos para evitar aquella marcha centelleante hacia lo ignoto habían resultado inútiles. Nada ni nadie podía detener a la nave en su caída hacia la fuerte fuerza gravitatoria surgida de repente en su camino.

Rhan, sujeto fuertemente a su asiento por las correas de seguridad, conectó la computadora de nuevo para saber si existían más novedades al respecto. La pantalla se cubrió con otro texto informativo:

DESCENSO HACIA UN CUERPO SOLIDO DE FUERTE ATRACCION GRAVITATORIA.

CAMPO MAGNETICO MUY INTENSO IMPIDE COMPLETAR ANALISIS DE SU NATURALEZA, PERO LOS INDICIOS CORRES- PONDEN A UN POSIBLE PLANETA DE DIMENSIONES REDUCIDAS PARA FUERZA DE GRAVEDAD TAN ACUSADA.

Era algo que ya había sospechado previamente. No podía ser de otro modo, estaba seguro. Un planeta. Un cuerpo celeste. Según la computadora, de dimensiones poco acordes con su fuerza de gravedad. No importaba. Lo peor de todo estaba en las consecuencias de aquella atracción.

Se estrellaría.

Sin remedio alguno, haría impacto en la superficie del cuerpo celeste, fuese ésta cual fuese. A la velocidad que descendía, no existía la menor posibilidad de reducir la fuerza del choque. La nave no respondía a los esfuerzos por controlarla. Era como una piedra cayendo a un fondo donde irremisiblemente se estrellaría.

Tras varios fracasos en su empeño de desaceleración, cedió resignado, mientras las luces a bordo parpadeaban de vez en cuando, alteradas por radiaciones muy intensas que afectaban a su fuente energética. Pero a eso, de momento, se reducía todo lo anormal a bordo.

Rhan Seldon se dispuso a morir. Incluso se lo tomó con filosofía.

—Bueno, después de todo el viaje no ha sido largo —murmuró—. Ni el cautiverio tampoco, si no contamos con esos mil años de sueño. Mi prisión se va a terminar muy pronto, aunque no me hubiera gustado que fuese así, la verdad.

Sonrió incluso, encaminándose a la máquina suministradora de alimentos. Pulsó el botón de bebidas alcohólicas. Le sirvió la única existencia a bordo: cerveza de baja graduación. Pero pulsó diez o doce veces el mismo botón. El mismo número de recipientes de aluminio repleto del espumoso líquido, aparecieron ante él, en la bandeja de suministros. Se las bebió una tras otra y volvió a repetir la operación.

—Al menos, que el choque me pille todo lo borracho posible —comentó burlonamente entre dientes.

Y, en efecto, cuando se produjo el choque, estaba ya lo bastante ebrio, pese a la escasa graduación del líquido, como para apenas darse cuenta de nada. Llevaba cuando menos una treintena de vasos de cerveza en su es- tómago.

Sintió un impacto, todo dio vueltas en torno suyo, se golpeó contra las paredes de la nave, y de inmediato perdió la noción de cuanto le rodeaba.

*
*
*

No era posible.

No, no lo era, fue su primer pensamiento. Estaba vivo. ¿Lo estaba, realmente?

Cuando menos, podía pensar. Y ver. Incluso se pudo mover, aunque eso le produjo un intenso dolor de cabeza. No, no tenía lesión alguna. Sólo exceso de alcohol.

De modo que no había muerto. Si esto era la muerte, no era lógico que el alcohol ingerido hiciera sus efectos. Aquel mareo, aquel sabor áspero en la boca, aquel aturdimiento y, sobre todo, las punzadas dolorosas en su cabeza, sólo podían formar parte de la propia vida. Eran, simple y llanamente, indicios de embriaguez. Y los muertos no se emborrachan.

Rhan logró sentarse en el suelo. Todo le dio vueltas, pero sabía que era su cabeza la que le jugaba la mala pasada. La nave estaba quieta. Todo estaba quieto menos su maldita cabeza.

La computadora estaba averiada. La pantalla, apagada; los paneles inmóviles y silenciosos, sin que las cintas de memoria se movieran. No tenía modo humano de saber qué había sucedido, dónde estaba y cuáles eran sus posibilidades de seguir con vida.

Sólo sabía que, de momento, aún respiraba. Y que el viaje vertiginoso hacia alguna parte había terminado. La nave estaba inmóvil. Pero inmóvil, ¿dónde?

Logró incorporarse y andar tambaleante, aferrado a las paredes de la cabina. Se maldijo por haber tenido la estúpida idea de llenarse el cuerpo de cerveza. Pero eso ya no tenía arreglo. Lo único que podía hacer era servirse

agua para quitarse esa sequedad de boca. Lo hizo, pero no ganó mucho con ello. Seguía tan molesto y mareado como antes.

—Si al menos tuviera la más leve idea del sitio donde me encuentro, de lo que realmente ha sucedido...

Se asomó al ventanal de la cabina, esperando ver algo a través de su
vidriera cóncava, en forma de óvalo. Se
llevó una decepción.

Nada. Oscuridad. Sólo profunda, espesa, impenetrable oscuridad. El exterior era total, intensamente negro. Probó a poner en funcionamiento
algún mecanismo de a bordo. No lo consiguió en absoluto. No parecía sufrir averías graves, pero no respondía a sus intentos. Y él no era un experto en electrónica.

Se acercó al armario donde reposaba su atavío espacial, con escafandra plástica y depósito de aire respirable. Era su único recurso para salir al exterior. No se lo habían proporcionado para que pudiera pisar otro mundo, sino por si precisaba asomar fuera de la nave para alguna reparación de emergencia en el espacio.

—Puede valer ahora —se dijo—. Me lo pondré, e intentaré abrir la

puerta de esta condenada nave,
a ver lo que pasa.

Se vistió con el traje de astronauta, climatizado, y se ajustó la escafandra de plástico, adosando el depósito de oxigeno a su espalda. Era liviano y de forma plana.

Se encaminó a la puerta de la cabina. La abrió, saliendo a la cámara
contigua. En ella se abría la puerta o escotilla al exterior, precintada por los mecánicos cuando le pusieron en órbita mil años atrás. Tal vez ni siquiera podría abrirla, pensó. Pero al accionar la palanca de emergencia, hubo un chasquido, y una segunda escotilla más pequeña se abrió en la precintada. Era la salida para casos de averías en el fuselaje. Su cuerpo era todo lo que admitiría aquel reducido agujero.

Subió por la escalerilla adosada al muro de la nave. Empujó la escotilla, sintiendo la emoción de lo desconocido. ¿Qué iba a encontrar allá
fuera?,
se
preguntó.

Tomó impulso. Abrió de un empujón la escotilla.

Y salió al exterior. Pisó el fuselaje en la parte superior de la nave, y se encaró al mundo de lo ignorado que le esperaba allá fuera.

Entonces la vio.

Fue la primera cosa que vislumbró en su salida al mundo exterior. Era la Esfinge.

*

*

*

La Esfinge...

Nunca había visto nada parecido. Sin embargo, la idea de una esfinge le vino de inmediato a la cabeza, no supo por qué.

Se quedó contemplando aquella forma insólita e impresionante, recortada contra la negrura de tinieblas que formaba aparentemente todo el contorno exterior.

La propia Esfinge, de no ser por ciertos hechos, se hubiera confundido asimismo con la negrura reinante en el misterioso paraje. Era negra. Totalmente negra.

Pero de un negro brillante, cristalino, que reflejaba en su superficie, aparentemente de una piedra semejante al basalto o tal vez al propio azabache, la única luz allí existente: la que procedía del interior de la propia forma escultórica.

Del interior, sí. Porque eran los ojos y la boca de la Esfinge lo que emitía resplandor. Una luz incandescente, mitad roja, mitad verde fosforescente, en una mezcla insólita y demoníaca. La luz brotaba de aquellas rasgadas pupilas que evocaban las de la otra mítica Esfinge, la única que Rhan conocía y que había inspirado su definición a esta asombrosa, ingente escultura de otro mundo.

Porque en realidad, ningún otro parecido existía entre la figura

ancestral de Gizah, en el Egipto de su planeta Tierra, con miles de años de historia sobre sus venerables piedras —en estos momentos más de seis mil quizás—, y aquella mole fabulosa, de piedra negra, cuya altura sería sin duda superior a la de una vieja estructura metálica de la Tierra, la parisina Torre Eiffel, recuerdo vetusto y pintoresco de un siglo remoto. Sólo que en aquella altura no parecía existir ascensores para llegar a la cumbre, a la cabeza solemne, negra, cristalina y pétrea a la vez, de la gigantesca escultura. Sólo escalones. Muchos escalones. Una escalera de tal vez trescientos o cuatrocientos peldaños interminables, tallados en la roca negra y lustrosa.

Las facciones de la Esfinge eran duras, afiladas, casi crueles. Nariz de halcón muy acentuada, que evocaba más el corvo pico de un ave siniestra que una nariz propiamente dicha. Sin embargo, el rostro era humano. Boca entreabierta, emitiendo aquel resplandor verdirrojo, mandíbula puntiaguda, una especie de manto cubriendo la cabeza cuadrangular, de amplia frente, sin cabellos al parecer.

¿Un monumento a una especie humana que él desconocía?, se preguntó Rhan, perplejo, en pie ante aquel coloso tallado en piedra brillantemente negra. ¿Un único recuerdo o huella de alguna civilización que fue y ya no era?

—Dios mío, ¿dónde estoy? —musitó con voz estremecida—. ¿Qué simboliza ese monumento ciclópeo? ¿Estaré en un mundo de gigantes? Esos peldaños miden más de dos pies de altura cada uno, y su longitud será superior a los cincuenta pies. Es como para que auténticos cíclopes suban o bajen por ellos...

Impresionado realmente, trató de ver algo en torno. No le fue posible. Sólo la estatua titánica destacaba ante él por sus colosales proporciones y el fulgor de sus ojos y boca resplandecientes. Alrededor, las sombras eran profundas, casi herméticas.

Pero eso fue sólo al principio. Sus pupilas, adaptándose paulatinamente a la oscuridad reinante, pronto captaron formas en derredor. Y su asombro
y desconcierto subieron de grado
considerablemente.

Formas geométricas, rectilíneas masas negras, apenas si se silueteaban en la oscuridad total, formando parte de la misma con la solidez de sus
estructuras verticales, prismáticas, a semejanza de bloques de viviendas sin ventanas ni puertas, como una fría y extraña urbe hecha de negros monolitos. Era eso lo que le rodeaba por doquier, fundiéndose en las
tinieblas de una noche
sin astros ni lunas.

—Parece una ciudad, ciertamente —susurró Rhan,

sobrecogido—.
¿Pero lo es, realmente, o me hallo en un milenario
mausoleo de titanes?

El silencio, solamente aquel profundo, impresionante silencio, le rodeaba en el mundo de tinieblas al que había llegado tan misteriosa e inexplicablemente. Era como si estuviera solo en un cementerio colosal, en

una obra arquitectónica de gigantes, donde nadie moraba ahora y donde, tal vez, en un remoto pasado sólo moraron dioses y no hombres.

No sabía cuánto tiempo llevaba reflexionando sobre esos misterios, pero de repente sintió que algo cambiaba en torno suyo. Irguió la cabeza, sobresaltado, tratando de saber lo que era.

Pronto lo detectó. Era sencillo. Estaba haciéndose la luz.

Lenta, pausadamente, con una claridad lívida, de un azul deslumbrante y frío como jamás viera antes, la masa sombría del fondo estaba aclarándose. Y a su resplandor, las formas arquitectónicas verticales, todas ellas de negra superficie aparentemente pétrea, sin aberturas de ningún género, se recortaban ahora nítidamente sobre aquel telón de fondo luminoso.

El resplandor aumentó su intensidad lenta y paulatinamente. Toda la zona se iluminó lo bastante para que el viajero de las estrellas, estupefacto, se diera cuenta exacta del lugar en que se hallaba.

Era una especie de explanada o gran plaza de forma hexagonal. En su centro mismo, como un monumento colosal, la Esfinge negra. Alrededor, formando avenidas que partían radialmente de aquel centro hexagonal, vías urbanas, avenidas vacías y silentes, formadas por bloques de negros monolitos verticales, como una ciudad de piedra carente de sentido y de utilidad.

El fondo azul brillante era un cielo. Un cielo densamente nuboso, cubierto por un espeso palio de brumas o nubes. Tras esa capa de nubes, la luz azul, resplandeciente y extraña.

De súbito, dos formas idénticas aparecieron dibujadas débil pero nítidamente tras el palio nuboso. Eran dos discos azules, brillantes, que debían poseer una fuerza lumínica notable, para dar aquella luz tras la densa masa de nubes que envolvía por completo la bóveda celeste de aquel mundo ignoto.

—¡Dos soles! —musitó Rhan, admirado—. Dos soles gemelos... y azules. Dios mío, ¿dónde estoy? ¿Qué lugar es éste? Y si estuvo alguna vez habitado, ¿dónde está la huella de sus antiguos moradores?

Caminó por aquel suelo extrañamente terso, brillante, frío. Era como un espejo negro pavimentando la extraña y vacía urbe negra. Su figura misma se reflejó en él como lo hubiera hecho en un vidrio puro.

Su desconcierto iba en aumento. Se cubrió el rostro con ambas manos, inclinó la cabeza y exclamó en voz alta, casi como un grito de rebeldía ante el silencio y la soledad que le agobiaban y enloquecían:

—¡Ya basta, ya basta, maldita sea! ¡Responded, criaturas! ¡Responded, si alguna forma viviente existe aquí, sea para bien o para mal! ¡Deseo oír algo, una voz cualquiera! ¡Deseo sentir la presencia de alguien, sea amigo o enemigo! ¡Quiero sentir que hay algo más que yo que tenga vida, algo que me acompañe siquiera por un momento en esta horrible pesadilla de

silencios y de vacíos! ¡Responded, por amor de Dios, si es que estáis aquí!

Y respondieron.

De repente, algo tocó su espalda. Algo puntiagudo, tal vez amenazador. Quizá un arma. Presionaron su espalda con firmeza. Y simultáneamente, algo parecido a una mano se cerró sobre una de sus muñecas con fuerza.

Supo que, al menos, dos formas vivientes estaban junto a él.

CAPÍTULO III

Rhan Seldon abrió sus ojos. Separó bruscamente una de sus manos, ya que la otra le era retenida por aquella misteriosa mano. No trató de moverse, porque aquel contacto de un arma punzante en su espalda era una clara advertencia en ese sentido.

Alucinado, descubrió a los seres que estaban ante él y que no eran solamente dos, como pensara inicialmente. Había al menos una docena de ellos. Sólo que los demás eran simplemente testigos apartados de la escena.

—¡Dios, no! —clamó Rhan, estupefacto—. ¡Humanos!

Unos ojos le miraban sin entender. Un gesto sonriente pero frío se encaraba al suyo. Era una sonrisa que no le gustaba. No expresaba alegría alguna.

Los demás también sonreían. Todos sonreían. Como si fueran felices. O estúpidos. Pero eran humanos. Eran seres como él, criaturas humanoides sin duda alguna, a menos que fuese víctima de una alucinación increíble.

Eran muy jóvenes todos, tal vez adolescentes. Su aspecto era majestuoso: altos, esbeltos, arrogantes, vistiendo túnicas blancas o amarillas, de un tejido resplandeciente, parecido a hebras metálicas. Muy pálidos de piel, cabellos claros, intensamente rubios en unos, dorados en otros, blancos de puro albino en los menos. Ojos intensamente claros también, de azules, verdes o grises límpidos. Facciones suaves, correctas. Todos eran hombres, al parecer. Ninguna mujer. Pero tampoco descubrió niños ni ancianos entre ellos.

Y estaban empezando a aparecer por docenas, por centenares. Salían por doquier, como de un hormiguero humano.

Aquellos bloques negros sí tenían puertas, sólo que en la oscuridad eran invisibles, porque sus hojas eran de negro vidrio liviano, aparentemente opaco desde el exterior. Sin duda serían igual las ventanas.
Su aspecto externo, como piedra hermética. Pero eran viviendas, eran casas para seres como él mismo, en un lugar remoto del espacio adonde hombre alguno llegara jamás, puesto que hacían falta miles de años para una travesía tan increíble.

Pese a sus sonrisas, sus dos cercanos semejantes no parecían amistosos. El que apretaba su muñeca no soltaba la férrea presión, pese a lo blanco, delicado y suave de sus dedos. El que estaba a su espalda, apoyaba en él
algo
parecido
a una
espada.

—¡No me gusta que me amenacen! —rugió, airado, revolviéndose contra ambos—. ¡Vengo como .amigo, no soy vuestro adversario!

Hizo mal en resistirse. La punta del arma situada tras él despidió algo que hirió su cuerpo. Lanzó un alarido ronco al sentir en su piel el intenso

calambre, como una descarga eléctrica, al tiempo que un centelleo cárdeno estallaba a su espalda. Por su parte, el que sujetaba su mano se limitó a presionar algo más. Rhan jadeó sintiendo que su muñeca casi se rompía, y cayó de rodillas, mientras todo su cuerpo era sacudido por un intenso dolor, casi insoportable.

—¡Ya basta, ya basta! —gritó—. Sois demasiado fuertes para mí, pese a vuestro frágil aspecto. No pienso resistirme más.

Tenía la sensación de que no le entendían. Y seguían sonriendo estúpidamente, como los seres más felices del universo. Ni siquiera para ponerse duros con él habían alterado su risueña expresión. El tipo a su espalda, ataviado con una corta túnica de malla dorada, también sonreía afablemente, empuñando una especie de delgada lámina de metal rojizo, apoyada por su punta a sus costillas. Era aquella arma de apariencia inofensiva la que había causado tan lacerante sensación a su cuerpo, como en una sacudida de alto voltaje. Le hizo un gesto el humanoide de aspecto militar, invitándole a ponerse en pie. Numerosos grupos de aquellos rubios seres, entretanto, rodeaban con curiosidad profunda la forma esférica de su nave-prisión, aparcada en medio de enorme explanada hexagonal donde se erguía la negra Esfinge.

Rhan se incorporó. La singular espada le presionó sin causarle daño, como una simple invitación que era toda una orden. El otro soltó su dolorida muñeca, sólo para sonreír y señalarle un punto de destino en la plaza.

El terrestre miró en esa dirección. Un monolito o torre negra más alto y

estilizado que los demás, rematado en punta como un obelisco, era el lugar señalado. El otro asintió al ver lo que miraba.

—De modo que debo caminar hacia allí —habló Rhan, sin que en ningún momento oyera las voces o recibiera respuesta alguna de sus captores—. Bien, bien, lo haré. Espero que no me llevéis allí para asesinarme impunemente, malditos jovenzuelos.

No parecieron entender nada. Su gesto sonriente no se alteraba nunca.

Viéndoles, cualquiera hubiera podido asegurar que aquella gente era siempre dichosa. Rhan, sin embargo, no se hubiera atrevido a tanto. Intuía que tras aquella máscara risueña se ocultaba algún misterio que nada tenía que ver con la auténtica felicidad.

Echó a andar hacia el edificio en forma de obelisco, siempre escoltado por sus dos aprehensores en medio de aquel incómodo silencio que tanto irritaba sus tensos y fatigados nervios. La gente, en torno suyo, asistía en silencio a la escena, mirándole con la misma curiosidad con que los seres de la Tierra hubiesen podido contemplar a un hipotético marciano en otros tiempos, cuando todavía se pensaba en la ingenua teoría de que Marte estuviera habitado.

Llegados al pie del monolítico edificio, las puertas cristalinas, negras

por el exterior, translúcidas por el interior, se abrieron de forma automática para que ellos entrasen como si estuvieran accionadas por células fotoe- léctricas o cosa parecida. Fue la primera noción que Rhan tuvo de que estaba en un mundo que no era en absoluto arcaico, sino dotado de avances técnicos, pese a la simplicidad de su apariencia.

Penetró en la misteriosa edificación en compañía de sus dos celosos guardianes. Para pasmo suyo, algo nuevo le sorprendió: el suelo mismo que pisaban comenzó a elevarse, proyectado hacia las alturas por alguna fuerza misteriosa. No había escaleras, por tanto, dentro de aquel edificio. El propio pavimento subía y subía, remontándoles a los niveles más altos del obelisco negro.

Por fin, el suelo se paró en seco. Los guardianes le invitaron a caminar. Salieron de la plataforma móvil que era aquel suelo y se encaminaron hacia alguna parte a través de un largo corredor. Todos los muros siendo espejeantes, de un color que ahora, gracias a la luz diurna de aquellos dos soles azules, se había transformado en un gris azulado suave y uniforme, alterando así la tonalidad negra de paredes, techo y suelo.

La marcha por el largo pasillo y unas amplias naves, cuyas elevadas techumbres hacían pensar en edificios construidos con un sentido monumental y magnificente de la arquitectura urbana de aquellas gentes, concluyó ante una puerta geométrica, de forma octogonal. Se deslizó hacia el interior del muro al llegar ellos delante, lo cual corroboraba la existencia de mecanismos ocultos, accionados quizá por impulsos parecidos a la elec- trónica.

Le invitaron a entrar sin brusquedades, pero tampoco con más amabilidad que la que podía deducirse de su perenne y fría sonrisa, más mecánica que otra cosa a juicio personal de Rhan. Entró sin objetar nada. No quería volver

a sufrir experiencias desagradables con los métodos aparentemente suaves de aquella gente.

Se halló en una cámara amplia, circular, de muros cristalinos. Ante él, un estrado semicircular, color azul vidrioso, recibía la luz de los soles
gemelos a través de un ventanal transparente, color humo, que sin duda desde fuera no parecía sino parte de la estructura mural negra y opaca. En ese sentido se sentaban tres personas.

Las tres le miraron fijamente al verle aparecer. Parecieron cuchichear entre sí, pero no oyó sus voces, para sorpresa suya, pese a verles mover los labios. Con un gesto, sus acompañantes le indicaron que se sentara.

Había una especie de escabel de piedra negra ante el estrado semicircular. Se acomodó en él casi con timidez, sin saber si iba a ser condenado a muerte o examinado como un insecto por aquel extraño trío del estrado.

Los tres eran jóvenes, también. Y rubios, por supuesto. Pero sus túnicas no eran blancas, ni tan siquiera amarillas o doradas, sino de un vivo color

azul, parecido al de la luz de aquellos soles gemelos que brillaban en el celaje nuboso.

El hombre del centro era el más alto y flaco, tenía los ojos estrechos, grises y fríos, y una larga melena sedosa, de un color dorado rojizo. Los tres sonreían, lo mismo que todo el mundo allí. Pero los ojos, en su fondo, no reflejaban alegría ni humor de ningún género.

—Y bien, ¿qué diablos pasa aquí? —preguntó Rhan con tono enérgico, casi violento, cerrando sus puños y golpeándolos rabioso entre sí—. ¿Qué piensan hacerme? ¿Asesinarme, convertirme en conejillo de Indias o limitarse a contemplarme embobados con esa necia sonrisa en sus caras de querubines? ¿Dónde demonios estoy y qué pretenden conmigo?

Sus palabras resonaron extrañamente huecas en el ámbito de la sala, como si se perdieran en ecos sordos y lejanos, sin que nadie las entendiera ni tan siquiera pretendiese interpretarlas. A esa impresión contribuyó el hecho de que los tres individuos con apariencia de jueces se miraron entre sí, perplejos, sin dar la sensación de entender nada de nada.

—Pues sí que estamos bien —jadeó Rhan, exasperado—. Estos tipos parecen sordos y... mudos, por añadidura.

Las miradas de los tres no revelaron nada. Pero uno de ellos, calmoso, extrajo algo de detrás de la mesa ante la cual se acomodaban. Rhan lo miró, desorientado. Era una especie de casquete metálico, de color plateado, muy liviano y elástico. Dentro del mismo, en su parte cóncava, descubrió una especie de círculos oscuros, como electrodos. El gesto del que lo empuñaba fue evidente: debía ajustárselo a la cabeza.

—¿Debo ponerme eso? —preguntó Rhan, dubitativo—.

¿Para qué?

No le respondieron. Alargó una mano y tomó el casquete. Era blando, de tejido metálico. Parecía goma con hilos de plata o aluminio, pero no era nada de eso. Señaló su cabeza e indagó:

—¿Aquí?

Hubo un asentimiento colectivo. Las sonrisas se ampliaron. Rhan se decidió, y ajustó el casquete a su cabeza. Notó en el acto que, a través de los contactos metálicos de su interior, adheridos a su cráneo, le llegaban sutiles roces y sonidos no captados hasta entonces. Incluso sus dedos, al moverse, producían un ruido infinitamente mayor al habitual, aunque algo lo amortiguaba en su cerebro, impidiéndole sentirse aturdido por ello.

—Perfecto —dijo la voz del hombre del centro, inesperadamente—. Ahora podremos entendernos, extranjero.

Rhan le miró, atónito. Le veía mover los labios y entendía los sonidos que brotaban por ellos, como si estuviera utilizando realmente su propia lengua.

—Cielos —exclamó—. ¿Es que hablan ustedes mi idioma?

—No. Ni usted el nuestro —respondió el otro suavemente, sin dejar de sonreír—. Simplemente, hemos podido contactar entre nosotros, es todo.

—¿Contactar? ¿Cómo? Yo les entiendo perfectamente. Y ustedes a mí...

—Es ese casco que se ha puesto.

—¿Qué ocurre con el casco?

—Es un traductor mental. Recibe nuestro lenguaje y lo traduce simultáneamente para su mente. Del mismo modo, cuanto usted dice es traducido para nosotros a través de la emisión de ultrasonidos del propio casco.

—¿Ultrasonidos?

—Sí. Cuando usted hablaba, nosotros no podíamos oír su voz. Cuando hablábamos nosotros, nuestras voces no podían llegar a usted. Hablamos en distinta graduación de sonido. Por eso nos imaginó mudos y sordos. Y nosotros a usted.

—¿Quiere decir que ustedes se expresan mediante ultrasonido?

—Podría llamársele así. Es una frecuencia diferente a la suya. No podemos comunicarnos fonéticamente sin ese casco adaptador. Nuestras gargantas emiten vibraciones vocales que en nada se parecen entre sí. Mientras esté con nosotros, extranjero, si desea dialogar, entenderse con la gente, vivir en suma dentro de nuestra comunidad como uno más, no deberá despojarse de ese casco. En cuanto lo haga, quedará aislado del mundo que le rodea.

—Comprendo. Es un invento prodigioso, la verdad.

—¿Ese casco? —la sonrisa del rubio pelirrojo tuvo algo de condescendiente—. No es gran cosa. Hemos inventado cosas mejores. Se trata de un procedimiento de traducción de cualquier forma

de lenguaje hablado, al tiempo que de sincronización de frecuencias sonoras. En nuestro mundo existen animales que emiten sonidos de frecuencia parecida a la suya, e incluso inferior. Estamos experimentando para entender su lenguaje.

—¿Debo entender, según eso, que me admiten entre ustedes sin hostilidad?

—Es un invitado. Si no intenta causar daño a nadie, nadie se lo causará aquí. Nuestras leyes de hospitalidad son inviolables. No preguntamos a nadie quién es ni de dónde viene. Nos basta que tenga buena fe y desee
convivir
en
paz.

—Pues la primera impresión que saqué de ustedes no fue precisamente ésa... —confesó Rhan amargamente.

—Comprendo. Nuestros hombres le dieron una pequeña lección. Era inevitable. No sabíamos aún qué intenciones traía. Intentó rebelarse, y eso no se permite. Debemos defendernos de cualquier enemigo, aunque aceptemos de buen grado a cualquier amigo.

—Menos mal... —suspiró Rhan—. No pretendo dañar a nadie. Esa nave que me trajo aquí iba sin rumbo. Algo me atrajo a su planeta... si es

que
esto
es un
planeta.

—Lo es. El planeta Zor, del Sistema Solar Gemelo de Oxar, en la
Galaxia
de
Arcania.

—Para mí, ésta es la Constelación de Hércules, a treinta y cuatro mil años luz del planeta de donde yo procedo, y cuyo sistema solar se desplaza
precisamente hacia esta constelación a unas doce millas por segundo, en su movimiento rotatorio.

—Entiendo —afirmó el hombre del centro moviendo la cabeza suavemente—. Para nosotros, esa gran galaxia que puede usted ver en lo que llama Hércules es la Galaxia Arcania, en cuyo corazón nos hallamos. La fuerza de gravedad que atrajo su nave hacia nosotros con tanta energía
fue la que irradia de los casquetes polares de Zor, cuyos inmensos yacimientos del mineral centaurium poseen una potencia de gravitación
fabulosa, capaz de arrastrar casi a enormes meteoros hacia nuestra superficie. Por fortuna, hemos logrado neutralizar ese peligro con franjas o zonas de rechazo magnético en torno al planeta, pero a veces naves como la suya pueden penetrar por entre esas franjas. Para hechos así, poseemos una segunda barrera defensiva que evita el impacto del cuerpo en caída, lo frena
y hace posar con relativa suavidad sobre nuestro suelo, para evitar catástrofes.

—Dios mío, entonces son ustedes una raza supercivilizada...

—A veces pensamos orgullosamente que sí —la sonrisa del hombre tuvo en estos momentos una sombra de indefinible tristeza—. Pero en
ocasiones, nuestra civilización no puede dominarlo todo, como deseamos.
Y hemos de someternos a implacables reglas para sobrevivir. Como en su propio mundo, imagino, extranjero.

—Mi nombre es Rhan. Rhan Seldon, procedo del planeta Tierra, y las causas por las que me encontraba en esa nave son...

—No tiene que decirnos nada —le interrumpió el otro, solemne, alzando una mano—. Es un invitado de Zor y eso basta. Mientras permanezca en nuestro planeta, nadie le preguntará de dónde viene y por
qué está aquí, ni tendrá que decirlo si no quiere. Creo que ahora necesitará reposo, alimentos, ropas nuevas, para que no se vea tan raro entre nosotros. Todo eso se puede arreglar.

—Son muy bondadosos conmigo —dijo Rhan, sorprendido.

—Son nuestras leyes. Mi nombre es Ursal, y soy Legislador Mayor de
Zor. Me acompañan mi consejero Orian y el juez Dayno. Formamos el
Tribunal Superior de Zor, y nuestras sentencias son inapelables, aunque siempre justas. Sabemos ser benévolos y acogedores con quienes merecen nuestro afecto y respeto. Pero también duros e inexorables sobre quienes quebrantan nuestras leyes. Esperamos que usted esté siempre entre los primeros mientras permanezca entre nosotros, por su bien y por el de todos. Ahora Rhan Seldon será acompañado a una vivienda dispuesta para usted,

donde podrá acomodarse y descansar de
forma adecuada.

—No sé cómo agradecerles lo que hacen por mí.

—No pedimos gratitud. Sólo espíritu de convivencia y respeto.

—Comprendo. Procuraré no causarles nunca dificultades —dijo Rhan, incorporándose—. ¿Puedo quedarme el casquete puesto?

—Por supuesto. Es suyo, mientras permanezca aquí. A través de él será uno más de nosotros y podrá entenderse con todos. De otro modo, sería vivir en un mundo de sordomudos... y nosotros tendríamos asimismo a un sordomudo entre nosotros. Bien venido a Zor, extranjero.

—Gracias..., amigos —suspiró Rhan, disponiéndose a salir de allí en compañía de sus dos guardianes, uno de los cuales había guardado ya su
arma, en señal amistosa. Se detuvo, sin embargo, en la salida de la vasta sala, se volvió al singular tribunal y demandó suavemente—: ¿Puedo
hacerles
antes dos
preguntas?

—Hágalas —invitó Ursal—. Serán contestadas si ello entra dentro de nuestras leyes.

—¿No existen mujeres, niños ni ancianos entre ustedes?

Ursal le miró largamente con sus grises pupilas claras. Seguía sonriendo, como siempre. Pero Rhan estaba seguro de que su pregunta no
le había
gustado
del todo.

—Los ancianos no tienen cabida en Zor —fue la desconcertante respuesta—. Aquí no envejece nadie. Los

niños están donde deben estar, preparándose para ser adultos. Y en cuanto a las mujeres... pronto va a conocer a una. Cuidará de usted, precisamente.

Rhan se quedó pensativo, sin entender del todo la respuesta. Suave, Ursal le recordó:

—Habló de dos preguntas, y sólo ha hecho una, extranjero...

—Cierto —Rhan respiró hondo—. Por favor, ¿qué clase de monumento es ese que vi al bajar de mi nave, esa enorme Esfinge negra hacia la que se llega por tantos y tantos escalones, en medio de la plaza pública?

—La Esfinge... —repitió Ursal. Y Rhan estuvo seguro de que este interrogante aún le gustaba mucho menos que el anterior. Aun así hubo una cierta respuesta, no demasiado reveladora—. Es la Eternidad. La Vida y la Muerte. Es nuestro dios, El Gran Renovador, conocido también como El Supremo Maestro. Su nombre es Yaddah, la Esfinge Eterna...

—¿Y qué simboliza, en realidad? ¿Qué luz brota de su interior, qué representa en vuestra vida y vuestro mundo?

—Esa es ya una tercera pregunta, extranjero, y no va a ser contestada —se le cortó tajantemente—. Ve en paz y no vuelvas a preguntar más sobre la Esfinge. Es nuestra ley.

Salió de la gran cámara del tribunal de Zor, escoltado en silencio por sus dos acompañantes. Ahora sus pisadas resonaban más profundamente en el suelo espejeante y negro del largo corredor, reproducidas por los

detectores de sonidos de su casco mágico.

Todo parecía tan agradable para él ahora, pensó... Estaba libre, nadie quería conocer su pasado y su origen, le trataban como a un huésped ilustre, todo era amabilidad y hospitalaria amistad... La gente sonreía y parecía feliz. No había vejez y sí existían mujeres. Era todo amable, incluso hermoso.

Pero tal vez incluso demasiado hermoso. Algo no le gustaba en todo aquello. No podía creer en tanta dicha. Tenía que existir algo detrás de aquella apariencia dulce y amable. Sí, pero si existía, ¿qué era, dónde estaba?

Tenía el extraño presentimiento de que la explicación de ese posible misterio sólo podía estar en un objeto, en una cosa de aquel mundo extraño y remoto adonde el azar le había conducido: la Esfinge.

Pero las esfinges nunca revelan sus secretos, o no serían esfinges.

Por tanto, era posible que nunca supiera cuál era en realidad el misterio de aquella gente que parecía demasiado amable, demasiado feliz, demasiado bondadosa para ser real. Quizá él pensaba así influenciado por sus prejuicios terrestres, pero su instinto rara vez le engañaba.

¿Qué era lo oscuro y amenazador de aquel mundo aparentemente tan idílico y cordial? ¿Dónde se encerraba el elemento negativo de tanta placentera sorpresa?

En alguna parte, sin duda. Y lo cierto era que incluso temía descubrirlo alguna vez, porque eso derrumbaría completamente aquel mundo ideal de que se sentía ahora rodeado.

CAPÍTULO IV

Ciertamente, era una mujer. Al fin una mujer.

—Me llamo Vania —dijo en su lenguaje suave, meloso, casi musical, que sólo le era posible captar a través de su casco traductor y adaptador de sonidos—. Espero servirte a plena satisfacción tuya, mi señor extranjero.

—Yo me llamo Rhan —respondió él, mirándola con fijeza—. Y no tienes que llamarme «mi señor». No me gusta que me sirvan como esclavos, sino como amigos.

Ella sonrió más ampliamente, aunque lo cierto es que también sonreía siempre, como todos en Zor. Era hermosa. Y joven, muy joven. Rhan no le calculó más allá de unos diecisiete años. Rubia, alta, esbelta, pero de formas suaves y muy femeninas, que la liviana túnica blanca, casi translúcida, dejaba marcar sugerentemente. Sus ojos tenían el mismo azul deslumbrante de los soles gemelos de aquel planeta.

—Me han puesto a tu servicio como esclava total —repuso ella con dulzura—. Y así te serviré en todo momento. Soy tu amiga, tu compañera, tu criada, tu sierva fiel en lo que pidas. Y tu amante y dócil pareja para el amor cuando así lo desees...

—¿Pareja... para el amor? —repitió perplejo, realmente desconcertado, el joven terrestre, clavando una mirada de estupor en la bellísima doncella—. Cielos, temo no entenderte bien, Vania. No querrás darme a entender que te han ordenado que me sirvas... incluso como amante, como concubina.

—Ser amante de un hombre es el destino de toda mujer

—sonrió ella, radiante de felicidad su rostro ovalado, de suaves facciones delicadas—. Yo seré tu amante y me sentiré dichosa por ello, y orgullosa de darte placer infinito. Mi mayor decepción sería tu insatisfacción o tu rechazo. Será el más alto honor imaginable ser la amante de un extranjero llegado de lejanos mundos.

—Pero... pero tu destino no puede ser entregarte a cualquiera, Vania — rechazó con gesto airado Rhan—. No puedo imaginar que una muchacha de tu edad, una doncella tal vez..., hable así, tan frívolamente, de entregarse a un hombre, a un desconocido...

—Soy una completa Adulta Mental y Sexual —recitó ella, como quien cita una frase célebre e indiscutible como un dogma, mirándole algo dolida—. Todas las que lo somos, gracias a la infinita bondad de nuestro supremo Maestro, el gran Yaddah, estamos en el mundo para servir a los hombres en sus necesidades.

—«Dios mío, empiezo a pensar que esta sociedad no es tan perfecta como imaginé —musitó para sí Rhan, apurado —. Esta chica dice cosas que

me desconciertan...»

La miró mientras ella se aproximaba y comenzaba a desnudarle sin prisas, con una dulzura y suavidad sorprendentes. Trató de rechazarla, pero notó que eso la hería profundamente. Dejó, pues, que le desnudara totalmente y le condujese, una vez sin ropas, hasta una pileta circular, de agua rosada, de la que fluía un suave vapor aromático. Aquel baño tibio y perfumado relajó sorprendentemente su orgullo y le dejó calmado y descansado. No podía evitar una sensación de incomodidad mientras Vania le ayudaba en el baño, sin importarle su desnudez. Recordó vagamente a las geishas japonesas de los milenarios tiempos pasados de Oriente. Era algo así, pero aún más sorprendente para él, dado que Vania en ningún momento trató de conducirle por la senda de la voluptuosidad. Tal vez esperaba que fuera él quien diese el primer paso, cosa que no hizo.

Rhan se vistió con una túnica de color verde suave y se sintió bastante mejor ante los ingenuos ojos de su sierva, que parecía algo decepcionada por no haber sido reclamada para labores más íntimas y apasionadas. Pero le respondió obediente cuando le pidió de comer y beber, antes de tumbarse a dormir un poco.

Momentos más tarde, la dulce Vania regresaba con una fuente repleta de alimentos desconocidos para Rhan, pero todos de exquisito sabor, tanto los frutos como carnes asadas, verduras y un extraño vino rosado oscuro, de sabor agridulce, que tuvo la virtud de ayudarle a conciliar luego un profundo y reparador sueño, tendido en un lecho blanco, espumoso, flotando encima de burbujas plásticas que se hundían esponjosamente bajo su peso, haciéndole mecer en una blancura de ensueño.

Su sopor fue intenso, prolongado... y sin embargo su despertar no pudo ser más violento.

Todo comenzó con una especie de tremendo bramido, el temblor de suelo y paredes, y una agitación brusca de su lecho flotante. Saltó del mismo, sobresaltado, peguntándose qué era lo que podía suceder para alterar tan violentamente la calma que parecía ser norma cotidiana del
mundo misterioso y amable del planeta Zor...

*

*

*

Saltó de su lecho, corriendo a uno de los paneles transparentes desde el interior, para contemplar a través de ellos la calle y saber lo que sucedía exactamente en la capital del planeta.

La conmoción era profunda y absoluta. Vio correr a la gente por las calles, en dirección a sus casas, mientras todo el pavimento urbano temblaba y vibraban las estructuras de las edificaciones, con el temblor que podrían producir enormes recipientes de vidrio. Evidentemente, el material de que estaban construidos los edificios aparentemente negros debía de ser

una extraña y dura aleación vitrificada, mitad metálica, mitad cristalina, a juzgar por sus propias vibraciones actuales.

Sus ojos se dirigieron hacia la gran plaza hexagonal, visible desde allí, recortando su enorme mole negra y brillante la Esfinge central contra el cielo diurno de Zor y sus dos soles gemelos perfilados en las nubes.

Lanzó una exclamación de asombro. También la gran estatua parecía temblar, conmovida por alguna fuerza telúrica inexplicable, y de sus ojos y boca emergían ahora resplandores violentos, destellos vivos, deslumbradores, jugando con verdes y rojos increíbles y radiantes. Sin querer, Rhan evocó las viejas leyendas mitológicas, con dragones airados que vomitaban fuego por sus fauces. La Esfinge, como extraño y cósmico dragón de negra piedra, también parecía estar expeliendo por sus pupilas y boca un fuego del infierno, como reclamando algo a los despavoridos habitantes de Zor.

—Mi señor, cálmate, nada va a sucederte a ti... si no tienes aún veinticinco años —musitó la suave voz femenina a su espalda.

—¿Veinticinco años? —susurró Rhan, volviéndose estupefacto hacia Vania, que le sonreía dulcemente desde- la puerta de su cámara—. ¿Qué quieres decir con eso, Vania?

—Oh, nada que te afecte. Además, tú eres un extranjero, las leyes de Yaddah no rezan para ti, a menos que él mismo lo diga...

—No entiendo nada, Vania. ¿Qué es este temblor, por qué el pánico de la gente, qué le sucede a la Esfinge? Es

como si hubiera un terremoto en
este planeta, o como si existiera un volcán en erupción y su fuego brotase
por ojos y boca de esa Esfinge, de
vuestro dios, Yaddah.

—Algo de todo eso sucede, sí —afirmó suavemente Vania, mirándole con sus profundas pupilas claras. Se acercó a él y apoyó su cuerpo adolescente en el de Rhan, añadiendo con ternura—: Pero repito que nada tienes tú que temer. Ni yo tampoco, que soy una mujer muy joven aún...

—Y a has dicho eso dos veces —musitó Rhan, preocupado, contemplando de soslayo la calle, con su gente amedrentada huyendo en
todas direcciones, mientras el resplandor de la luz que emitía la Esfinge se reflejaba cambiante en los negros muros cristalinos. Apoyó sus manos en los hombros de ella, y notó que temblaba sutil bajo ese contacto,
estremecida la carne juvenil por su presión—. ¿No vas a explicarme lo que realmente sucede, Vania? ¿Acaso no debo saberlo yo, por ser extranjero?

Ella alzó hacia él sus ojos grandes y limpios, sin dejar de sonreír, como
les sucedía a todos los
habitantes de Zor.

Y con aquella melosa cadencia de voz, la joven le respondió, apretándose más a él:

—Eso no importa, Rhan, mi señor. No tienes por qué ignorar lo que sucede, ya que forma parte de nuestras leyes sagradas e irreversibles. Estás oyendo la voz de Yaddah.

—¿La voz de Yaddah? —repitió Rhan, perplejo—. No entiendo nada.

—Es muy sencillo: cada cierto ciclo de tiempo, Yaddah pide El Gran Viaje a lo Eterno para los escogidos. Su furia sólo puede calmarse cuando así se hace, y la gente elegida pasa a su reciclaje obligado, para volver a ser niños y reanudar así el ciclo de la vida eterna.

—No... no entiendo, Vania. La verdad es que no logro comprender una sola palabra de cuanto dices.

—Es muy simple. Estás conociendo un Día de la Renovación.

—Día de la Renovación... ¿Qué significa eso, exactamente?

—Ya te lo he dicho. La Esfinge pide que los señalados emprendan El Gran Viaje.

—Explícame cómo se hace ese viaje o lo que sea, Vania.

—Los elegidos van a Yaddah. El dios les acoge en su seno. Nunca vuelven como se fueron. Dejan de ser adultos, para regresar convertidos en niños. Y la vida se reanuda de nuevo a partir de ese instante.

—¿Quieres decir..., quieres decir que la gente entra en esa Esfinge tal como es ahora... y regresa de su interior convertida en niño? —musitó Rhan, estupefacto.

—Así es. Las leyes de Yaddah son precisas: nadie debe ser viejo en Zor. La vejez no existe. El joven debe vivir.

Y cuando llega a la edad señalada, debe volver a la infancia, para comenzar de nuevo. Así hasta el infinito...

—Hasta el infinito... —balbuceó Rhan, incrédulo—. Pero... ¡pero eso significa vivir eternamente joven!

—Así es, mi amo y señor.

—Dios mío... Empiezo a entenderlo. Por eso no hay ancianos en Zor. Pensé que eran eliminados, exterminados mediante alguna cruel eutanasia para mantener sólo a la juventud con vida. Pero la explicación es aún más increíble, Vania. Nadie puede devolver la juventud perdida al ser humano. Y menos todavía retrotraerle a su niñez a voluntad.

—Yaddah sí puede —afirmó ella con profunda fe—.

Yo lo he visto. Yo lo sé.

—Tú... —la miró, receloso—. No me dirás que ya... que ya has sido mujer adulta... y has regresado alguna vez a tu infancia.

Ella negó dulcemente, riendo. Sus ojos tenían algo de infantil y de perverso a la vez. Sus formas adolescentes temblaban bajo las manos de Rhan, pegadas a su cuerpo con provocativa sensualidad no exenta de ingenua inocencia.

—Yo, no —musitó—. Pero cuando llegue mi día, cuando alcance mi fecha de reciclaje, caminaré orgullosa hacia Yaddah, subiré los escalones de la Vida Eterna, y entraré en él, para volver convertida en una niña...

—¿Tú... tú has visto eso que cuentas? ¿Con tus propios ojos? —dudó Rhan.

—Sí —suspiró ella, risueña—. También tú puedes verlo.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Ahora mismo —le tomó una mano con suavidad—.

Ven, sígueme... Le llevó hacia la vidriera asomada al exterior. Rhan la siguió, pensativo, profundamente desorientado por todo aquello que no podía entender.

Ella señaló hacia la plaza hexagonal. Parecía tranquila, dueña de sí, contemplando algo que era habitual en aquella sociedad extraña y aparentemente dichosa.

—Mira allí —invitó dulcemente—.

¿Lo ves, mi señor? Miró el terrestre hacia la plaza. Se quedó petrificado.

Una larga hilera de jóvenes de ambos sexos, como en trance, caminaban en larga procesión, en fila de a cuatro, hacia las escalinatas negras que conducían al rostro hermético de la Esfinge. Algunos de ellos estaban ya remontando la interminable escalera hacia la altura, erguidos, serenos, como si estuviesen sometidos a una hipnosis colectiva, ajenos a todo lo que fuese su caminar hacia su dios.

Algunos comenzaron a llegar a la plataforma situada ante la boca y los ojos que llameaban luz verdirroja con espasmódica violencia. Las fauces de piedra se abrieron en ese punto. Ante el horror de Rhan, por la boca resplandeciente comenzaron a desaparecer, tranquilos, inmutables, los jóvenes de ambos sexos de Zor.

—Dios mío... —musitó—. Dios mío...

—¿No es un espectáculo único, maravilloso? —suspiró ella, extática.

—No sé qué pensar... Puede ser maravilloso... o

terrible. Me da la impresión de seres inocentes que van al sacrificio, creo ver un ritual bárbaro y sangriento, en el que una monstruosa deidad exige víctimas para calmar su ira...

—¿Víctimas? —repitió ella con dulzura—. Oh, no, ¿qué estás diciendo, extranjero? Ninguno podemos sentirnos víctimas cuando Yaddah nos llama, ¿no lo entiendes? Ha terminado un ciclo vital para nosotros, y empieza otro. Y así siempre, una vez tras otra, por toda la eternidad...

—¿Y a qué edad..., a qué edad, exactamente, debéis ser... reciclados todos? —indagó él, confuso.

—Según tu medida de tiempo, Rhan... a los veinticinco años, exactamente.

—Veinticinco años de edad... y ya debéis ser regenerados en niños? —meneó la cabeza atónito—. No puedo creerlo. Es monstruoso, ilógico, contra natura. Nunca podéis ser auténticos adultos, conocer la madurez de la vida...

—¿No lo crees? Ven conmigo. ¿No te gustaría ver de cerca la maravilla del Día de la Renovación, mi señor? ¿No deseas ver salir las nuevas vidas de las entrañas mismas de Yaddah, tras la transformación total?

—Me gustaría, pero... no sé, casi tengo miedo. Me aterra ese fenómeno incomprensible... Además, ¿puedo presenciarlo, siendo un extraño?

—Todo el mundo puede presenciarlo. Yaddah no es un dios que oculte sus prodigios a nadie. Tras el hermetismo de esa Esfinge que le representa se oculta una divinidad generosa, abierta a todos, sin ritos secretos ni magias ocultas. Ven, ven conmigo, mi señor. Gustosa te llevaré hasta donde presencies la gran escena...

La siguió. El suelo ya temblaba con menos intensidad desde que hileras de jóvenes de ambos sexos comenzaran a entrar por las abiertas mandíbulas negras de la Esfinge, en aquel asombroso viaje de regreso a su niñez.

Salieron del edificio destinado a servirle de alojamiento. Cruzaron las calles, mientras la gente curiosa le contemplaba al paso, al darse cuenta de que, aunque humano, él no era tan pálido, tan rubio, tan sonriente como ellos. Sus ropas, iguales a los de todos los habitantes de Zor ahora, no bastaron para hacerle parecer uno más de aquel planeta. Pero no captó recelo u hostilidad en ninguna mirada a su paso.

Llegaron a la gran plaza hexagonal. El espectáculo fantástico continuaba. Al menos serían un millar el número de jóvenes que iban penetrando en la Esfinge, ordenadamente, con rígida y espontánea disciplina. Una larga hilera formaba aún en el plaza, otra continuaba subiendo los infinitos peldaños negros, y otros muchos ya habían sido engullidos virtualmente por la gran estatua.

—No veo a niño alguno, la verdad —confesó roncamente Rhan Seldon.

—Espera —susurró ella, apretando su brazo con calor —. Pronto los verás.

Miró en derredor, pensativo. Miles de personas, jóvenes todas ellas, alrededor de la veintena, contemplaban

el espectáculo con sus rostros eternamente sonrientes y amables. Pero la sonrisa de los «elegidos» que emprendían el camino hacia el interior de la Esfinge era mucho más amplia y feliz que la de todos los demás. Siguió entrañándose de no ver niño alguno entre la multitud. Ahora ya sabía el porqué de la ausencia de ancianos.

—¡Mira, Rhan! —avisó ella, excitada—. Ya empiezan a salir...

Los ojos del joven terrestre volaron hacia el punto señalado por Vania. Un clamor gozoso se elevó de la multitud allí reunida, cuando el prodigio comenzó.

De las entrañas mismas de la Esfinge negra, en medio de la escalinata, se había abierto una compuerta circular en la piedra. Y por ella emergían, en formación correcta, alineados y angélicos, cientos de niños de ambos sexos, rubios y sonrientes, que iniciaban su descenso, contemplados con arrobado placer por los adultos que subían a ser «reciclados» en aquel proceso inaudito y fantástico.

—Dios, no puedo creerlo aunque lo vea —masculló Rhan, atónito.

Pero era verdad. Niños y niñas, auténticos querubines alineados de cuatro en cuatro, igual que los adultos, descendían hacia la plaza, en medio del clamor feliz de la gente, que corría ahora hacia ellos para acogerlos, para abrazarlos, en una salutación exultante, gozosa. Los niños se limitaban a sonreír, con infantil deleite, sin preocuparse por los que iban entrando en la estatua.

—Ahí tienes la prueba más clara de la grandeza de nuestro dios Yaddah —recitó Vania con énfasis—. Ninguna fuerza en el universo, salvo la suya, puede devolver al ser viviente su pérdida infancia y concederle una segunda, una tercera, una cuarta juventud... y así hasta el infinito.

—Entonces..., entonces no hay nacimientos en vuestro planeta —dijo Rhan con voz alterada, pasándose una mano trémula por su rostro sudoroso—. No nacen criaturas, puesto que los propios adultos pasan a ser niños...

—Así es, mi señor. Se permite que nazcan criaturas, por supuesto. Las mujeres procreamos con nuestras parejas, pero esos niños, al nacer, son propiedad del Estado, y la legislación señala que deben ser enviados a Centros de Educación, lejos de la capital, de donde solamente saldrán cuando muera un adulto de enfermedad o accidente. Por cada adulto que desaparece así, un niño es incorporado a nuestra comunidad, pero nada más.

—¿Y el resto de las criaturas nacidas?

—Permanecen en sus Centros de Educación, sirviendo al Estado de por vida, en lejanas ciudades donde el duro trabajo precisa de gente fuerte, educada para ello. De ese modo se mantienen nuestras centrales de energía, nuestros recursos naturales y nuestros centros de aprovisionamiento.

—¿Y los padres de esas criaturas no rechazan por

inhumano ese sistema?

—¿Inhumano? ¿Por qué? ¿Qué haríamos con nuestros hijos, cuando volviéramos a ser niños? No podríamos cuidarlos y educarlos. El Estado lo hace. Todo, así, es perfecto y racional aquí.

—Demasiado perfecto, demasiado racional —dijo Rhan, dubitativo—. Es antinatural a mi juicio, Vania. Casi monstruoso. Pero parece que eso os hace felices, a juzgar por vuestra sonrisa..., a menos que el sonreír forme parte también de las normas del Estado.

—¡Qué tontería! —rio Vania dulcemente, aferrándose al brazo de Rhan—. Somos felices, mi señor. Tú puedes comprobarlo. Mira a esos jóvenes adultos que llegaron a la edad tope y van hacia Yaddah para convertirse en niños. Son felices como ninguno mientras suben. Mira a los niños que salen de Yaddah: son dichosos por completo. Es la felicidad auténtica, Rhan. Algo que ningún mundo encontró jamás.

—Tal vez tengas razón, Vania. Tal vez. Pero yo me pregunto si la felicidad existe realmente en alguna parte... y si esto puede ser felicidad. A

pesar de la extraña magia de vuestro dios, que os procura así eterna juventud...

Muchos adultos se alejaban ya, felices, llevando consigo a los niños recién llegados. Rhan inició la retirada junto a Vania, siempre pegada dócilmente a él, y preguntó, confuso:

—Y ahora, ¿qué hacen esos niños para reeducarse de nuevo y ser adultos?

—Parejas voluntarias cuidan de ellos como de hijos propios. Pero los niños no vuelven a nosotros faltos de educación. Ya están educados, porque son adultos aniñados. Es decir, pueden defenderse por sí solos, trabajar, vivir, luchar, amar... Recuerdan su nombre y vida anterior, saben quiénes
son y poseen una mente adulta.

—¡Dios mío, pero si apenas representan siete años! —gimió Rhan, horrorizado—. ¿Cómo se puede ser mentalmente adulto a esa edad?

—Ellos lo son. Porque siguen siendo ellos mismos, los que entraron siendo adultos en Yaddah, ¿comprendes?

—Es monstruoso... Imaginar que pueden trabajar, pensar..., incluso amarse entre sí como personas adultas, con esa edad... Es como no tener
nunca niñez auténtica. Os convierten en niños viejos, no en criaturas inocentes, Vania.

Ella iba a responder algo, siempre con su suave sonrisa, cuando ocurrió un imprevisto cerca de ellos.

Una voz potente, clara, se elevó en el aire, con palabras casi violentas,
exasperadas:

—¡Yo deseo seguiros a todos hacia el alma misma de Yaddah! ¡Yo quiero pasar el gran trance hoy mismo y convertirme en niño! ¡Oh, Yaddah, mi dios y señor, te ruego me atiendas, permite que vaya hacia ti como deseo,

para reanudar mi vida como un infante!

Se precipitó el que gritaba hacia la hilera de jóvenes en marcha hacia la escalinata. Varios hombres uniformados de túnica dorada se interpusieron, frenándole con energía. El hombre gritó con mayor énfasis aún, agitando sus brazos.

—¡No, no! ¡Dejadme! ¡Deseo ser uno más en la lista de elegidos! ¡Ansío conocer el poder supremo de Yaddah, sentirme tocado por su divina gracia y convertirme en un niño para vivir de nuevo esta feliz existencia! ¡Soltadme, no podéis negármelo!

El forcejeo era violento. Los curiosos se agrupaban en torno. Un soldado le avisó con firmeza:

—Vamos, no hagas tonterías. Sabes que no puedes ir con ellos aún. Tu edad no es la correcta, serénate.

—¡Me faltan sólo unos días para tener la edad requerida! —protestó él, furioso, intentando desasirse de sus antagonistas—. ¡Exijo que hoy mismo forme parte de esa fila de elegidos! ¡Deseo ir hacia Yaddah!

—Tu deseo no puede ser cumplido —negó uno de los hombres de ropa dorada—. Vete. Conoces bien la ley. Cuando cumplas la edad definitiva, serás elegido sin tener que pedirlo. Retírate y deja de molestar. A Yaddah no le gustará tu resistencia.

—Te lo dije, querido —habló mansamente una voz de mujer—. Es una locura pretender la renovación antes de tiempo... Ambos iremos pronto
hacia Yaddah, no temas. Sabes que será así en breve, ten paciencia, Xal
querido...

Y una mujer de larga melena casi blanca de puro rubio, hermosa y escultural, salió de entre la multitud y tomó al airado individuo con sus manos, apartándole suave pero firmemente del lugar del incidente, con la
ayuda
de
los
soldados.

El llamado Xal parecía irse calmado, aunque su voz protestaba aun con más debilidad:

—No, Druva, yo deseo volver a empezar de nuevo... Sabes cuánto lo deseo, cuánto anhelo la llegada del día en que vaya hacia mi dios Yaddah y le vea cara a cara, antes de convertirme en niño y volver a la existencia...

—Si, Xal, lo sé muy bien —trató de calmarle ella,
rodeándole con sus
brazos amorosamente—. Lo sé y te comprendo muy bien, porque yo también me sentiré feliz y orgullosa ese día, cuando formemos ambos parte de los elegidos. Pero aún no es el momento, trata de comprenderlo...

—¡No! —rugió él, repentinamente furioso. Y la abofeteó por dos veces, con inusitada violencia, ante el pasmo de la gente, que no parecía

entender aquel comportamiento de uno de sus miembros —. ¡Déjame en paz, maldita! ¡Sé que a veces incluso dudas de Yaddah y de su fuerza todopoderosa, que dudas de nuestra vida eterna, que dudas de todo! ¡No eres digna de merecer el amor y la protección de Yaddah! ¡Eres una incrédula, cometes sacrilegio con tu dios, Druva!

Y se alejó a toda prisa, furioso, exaltado. Era el primer ser de Zor que no sonreía, pensó Rhan, perplejo. Y en estos momentos, aunque la sonrisa eterna aparecía dibujada en los carnosos labios de la rubia Druva, Rhan también comprobó que esa mueca distaba mucho de reflejar felicidad.

—Resulta horrible —comprobó Vania, escandalizada —. Un hombre airado, una mujer que no cree... Sabía que existían gentes así entre nosotros, pero nunca antes de ahora conocí a nadie semejante.

—Yo diría que eso sí resulta humano —suspiró Rhan —. En este mundo no todo puede ser sonrisas y felicidad, aunque lo digan las leyes y los dioses, Vania. Perdona, voy a tratar de calmar a esa infortunada mujer...

—No, mi señor, no te mezcles en sus problemas. Ese hombre es su pareja, no puedes intervenir en las vidas ajenas... —se asustó Vania.

—Eso tal vez sea vuestra norma, pero yo soy extranjero, recuerda — sonrió Rhan, apartándose de su servidora para acercarse a la hermosa Druva, que en esos momentos, aunque sonreía, mostraba la humedad del

llanto en sus bellos ojos verdes.

CAPÍTULO V

—Mujer, perdona si hago algo que no es correcto entre vosotros. Lamento lo sucedido. ¿Puedo ayudarte en algo?

Druva, atónita, alzó su cabeza, mirando con asombro a su interlocutor. Rápida, pestañeó. Dos lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y las secó de un manotazo brusco fingiendo una sonrisa feliz.

—¿Ayudarme? ¿Tú? —el estupor era visible en sus pupilas verdes—. No entiendo... Nadie ayuda aquí a nadie. Y menos a una mujer emparejada... Yo soy Druva, y Xal es mi pareja.

—Lo sé. Os oí discutir antes. Y vi cómo te abofeteaba. Es asunto vuestro, también lo sé. Pero yo no soy de Zor, puedes imaginarlo. Soy extranjero, vengo de un lejano lugar del que nunca oíste hablar, aunque parezca ser de tu propia raza. Somos humanos ambos, es cierto, pero ahí termina todo parecido. En mi mundo, las leyes son diferentes. Nadie está incapacitado para tratar de ayudar a los demás.

—Te agradezco tu interés, extranjero, pero no puedes ayudarme. Mi pareja tiene derecho a golpearme, si así lo desea, y yo debo callar. Xal se enfurecería mucho si supiera que un extraño interviene en nuestras cosas.

—No trato de molestaros con eso ni de irritar a Xal. Sólo deseo saber si era posible mi ayuda.

—No, no lo es. Gracias de todos modos, extranjero —dijo Druva, suave pero firme.

—Perdona entonces, hermosa Druva. No pude evitar oíros a ambos. Tu pareja parece deseosa de penetrar en

Yaddah y convertirse en niño.

—Así es. Todos lo saben. Xal sólo vive para ese día. Se siente viejo.

—¿Tan joven?

—No lo es tanto. El y yo estamos en el límite de la edad. Cumpliremos el plazo máximo dentro de pocas fechas.

—Veinticinco años, en mi calendario —suspiró Rhan—. Estáis en la flor de la juventud. ¿Por qué convertiros en niños?

—Porque así lo exige Yaddah —ella le miró, escandalizada la expresión.

—También le oí decir a Xal que tú dudas de Yaddah.

Ella bajó la mirada con rapidez. La vio temblar con una cara de emoción.

—Vete, extranjero —susurró—. Déjame sola. Xal no sabía lo que decía.

—Creo que sí lo sabía —musitó Rhan con firmeza—. No crees en las leyes de vuestro dios. Dudas, recelas. Ignoras si, realmente, es justo o no lo que sucede... Y hasta tienes miedo.

—¡No! —casi gritó ella, asustada.

—Sí. Tienes miedo a Yaddah, al día del reciclaje de tu vida. No deseas penetrar en esa Esfinge, porque la temes. Y no deseas ser niña, sino seguir siendo mujer, ¿me equivoco?

—Por el amor de Dios, extranjero... —susurró Druva, mirando alarmada en torno y poniendo una mano crispada en el brazo de Rhan—. No hables más así. El sacrilegio está penado en Zor. Debemos creer a ciegas. Si te oyeran...

—Comprendo lo que sientes —sonrió con amargura Rhan—. Yo también he sido algo parecido en mi mundo, yo también me sublevé contra las leyes de mis gentes, por eso estoy aquí ahora. Te comprendo, Druva. Te comprendo... y me gustaría ayudarte, si estuviera en mi mano. Pero temo haber cometido una grave falta, ofendiéndote con mi intervención. Lo siento.

Intentó apartarse. En ese punto, los dedos de Druva se clavaron firmemente en su brazo.

—No, extranjero —suplicó roncamente—. Por favor, quédate... Eres mi huésped, si lo deseas. ¿Quieres venir conmigo a nuestra casa?

—Por supuesto. Y gustosamente. Pero ¿qué dirá Xal de eso?

—Xal es mi pareja. Puede invitar a sus amigos a casa. Yo también. No dirá nada. Pero no hables delante de él de Yaddah y de mis dudas, te lo ruego.

—Descuida. Seré una tumba —sonrió Rhan, asintiendo—. Gracias por confiar en mí, Druva.

—Gracias a ti por intentar ayudarme. Tal vez puedas hacerlo, después de todo.

Y tiró de él hacia alguna parte. Vania, con un relampagueo de ira en sus ojos celestes, se mordió el labio inferior, dejando de sonreír por un momento, y se retiró airadamente, mientras Rhan Seldon partía junto a Druva.

*

*

*

Rhan saboreó la pequeña y estilizada copa de vino oscuro y dulzón. Miró a Druva, que volvía a sonreír, no sabía si por inercia o por auténtico relajamiento en su pasada crispación, tan poco usual en los habitantes del planeta Zor.

—Eres muy amable conmigo —comentó el joven.

—En Zor somos hospitalarios siempre —respondió ella con sencillez—

. Pero en este caso, con más motivo. La gente no acostumbra aquí a intentar ayudar a los demás en sus problemas. Y menos aún trata de comprender que una persona piense de modo distinto al de los demás, que se rebele contra ciertas cosas, con riesgo de su propia seguridad.

—De modo que también aquí existe la seguridad personal... siempre que se respeten las normas establecidas —la sonrisa de Rhan se hizo amarga, sarcástica—. En el fondo, no es tan diferente a la Tierra como parecía. También en vosotros se ejerce una dictadura de la conducta, del pensamiento, de las creencias, de la forma de vida, en definitiva. Estáis obligados a pensar de una forma, y quien infringe esa ley, comete un delito grave, ¿no es así?

—Me temo que sí, extranjero —confesó ella, con un suspiro profundo, inclinando su cabeza, en la que la luz de los dos soles gemelos de Zor trazaban un halo de dorado resplandor—. Xal sería el último en entender algo así, por desgracia.

—Xal está fanatizado por las ideas que os inculcaron desde niños, ¿no es cierto?

—Así es —afirmó ella suavemente—. Es un fanático de cuanto significa nuestro regreso a la vida, convertidos nuevamente en niños, para vivir una segunda juventud y así indefinidamente durante siglos.

—Entonces, tú debes recordar tu anterior infancia y juventud... y otras muchas —dijo Rhan, mirándola fijamente.

Druva se encogió de hombros. Cuando le miró, los verdes ojos no reflejaban demasiada convicción. Sus palabras fueron ambiguas:

—Sólo en parte. Vagos recuerdos, evocaciones confusas en la mente. Sí, estoy segura, quiero creer que viví antes, pero... es todo tan incierto, tan vago... A veces pienso que no fue así. Sin duda olvidamos el pasado en gran parte cuando nos reciclamos dentro de la Esfinge. Al salir de ella siendo niños, sólo tenemos el confuso recuerdo de quienes somos, de nuestro nombre, de nuestro hogar, de ciertas cosas que en él dejamos al partir hacia Yaddah...

—Comprendo. Pero tú, en tu próxima vida, ya no serás la pareja de Xal...

—No, ya no. El partirá con otras personas, a ser educado de nuevo, y yo tendré unos padres adoptivos también, para elegir mi nuevo camino. Y eso es lo que no deseo. Quiero vivir esta vida actual, seguir siendo quien soy, no volver a la infancia y empezar de nuevo. Es injusto. E inhumano. Hasta los animales tienen derecho a vivir su propia existencia y luego morir. Eso es lo natural, ¿no crees?

—Así ocurre en mi planeta —convino Rhan—. Pero las cosas no siempre son como deseamos que sean, Druva. ¿Tienes hijos?

—Tuve dos hijos —suspiró la joven, con una dulzura extrema en su faz—. Dos hermosas criaturas, extranjero. Hubiera deseado conservarlas a mi lado, tenerlas junto a mí de por vida, verlas crecer, hacerse adultos... Eran un niño maravilloso, una niña encantadora...

—¿Por qué dices eran? ¿Murieron?

—Es como si muriesen los hijos para nosotros, sus padres. ¿No sabías

que son conducidos a lejanos Centros de Educación, separados de nosotros por decreto, para ejercer tareas de servicio y suministro en el planeta, donde nunca volvemos a verlos, salvo mediante estereofilms que nos facilita regularmente el Estado?

—Sí, sabía algo así. ¿No os permiten verlos, siquiera?

—No, en absoluto. Cuando los apartan de nosotros, es para no volver jamás a nuestro lado... Te los mostraré. Son dos niños encantadores, ya lo verás.

Abrió un mueble funcional, de rígida desnudez. Extrajo una caja metálica que puso en manos de Rhan. Este contempló su pantallita. En ella, como en una filmación, se veían imágenes en movimiento de dos criaturas
rubias y hermosas. Un niño y una niña, jugando en un jardín, luego estudiando en un aula, y finalmente cantando ante una reproducción de la
Esfinge de Yaddah, rodeados de miles de otros niños en un vasto templo. La filmación estereoscópica terminaba con una sonrisa dirigida a la cámara filmadora y un saludo que, sin duda, se suponía dedicado a sus padres. Sonreían, felices y radiantes, como todo el mundo en Zor.

—Sí, son guapos —confesó Rhan, devolviendo el
documento animado
a la joven madre—.
¿Cómo se llaman?

—Druva y Xal, como nosotros. Es ley que los hijos se llamen como sus padres. Al menos, ellos parecen tan felices...

—Vosotros también —señaló secamente Rhan—.
¿Dónde están esos
Centros educativos para vuestros hijos, Druva? ¿Los visteis alguna vez?

—No, nunca. Muy al norte, en el casquete polar de Zor. Son zona estatal, donde no se permite el acceso a nadie. Allí están las centrales energéticas, las granjas de

cultivos alimenticios y otros centros productores del gobierno.

—Entiendo. Vuestra felicidad aparente sólo se basa en la deshumanización de los seres, de la familia, de los más elementales afectos y sentimientos. ¿Quién es el Gobierno, el Estado? Yo sólo conozco a un legislador, a un consejero, a un juez...

—Ellos son el Estado —suspiró Druva—. El gran Ursal, Legislador Máximo de Zor, con Orlan y Dayno, Consejero y Juez respectivamente. Iluminados por el gran Yaddah, gobiernan férreamente esta sociedad, ex-
tranjero.

—¡Ya basta! —rugió una voz a espaldas de Rhan—. ¿Vas a contar todo lo nuestro a un extraño de quien nada sabemos?

—¡Xal! —gritó Druva, asustada, poniéndose en pie con ojos dilatados y el temor reflejado en ellos—. Rhan es un amigo, sólo trata de ayudarnos...

—¡No necesitamos ayuda de nadie, y menos de un extraño! —fueron las ásperas palabras del airado Xal, penetrando con largas zancadas en la cámara. Su rostro ceñudo se encaró con el joven terrestre—. ¡Vete de esta casa, antes de que denuncie a los vigilantes tu presencia aquí, con fines de

subversión moral
para mi pareja!

—Xal, te equivocas —habló Rhan, calmoso—. Tu pareja es una mujer encantadora, que sólo trató de mostrarse hospitalaria conmigo, tras lo sucedido en la plaza.

—¡Fuera! —aulló Xal, frenético, señalando la salida—.

¡Vete o no
respondo de mí, maldito espía! ¡Sin duda eres enemigo de Yaddah y pretendes sembrar la cizaña en mi familia y en mi vida!

—Querido Xal, él no intenta nada parecido —intentó

calmarle Druva—
. Le mostré a nuestros hijos, hablamos de ellos, de nuestra existencia...

—¡Nunca debiste mostrarle nuestros hijos! ¡Nunca debiste confiar en él! —replicó violentamente Xal—.
¡Debo denunciarle ante los vigilantes de
la Ley! ¡Ese extranjero es un farsante que pretende subvertir nuestros principios sagrados! ¡Debe ser castigado por Yaddah, es un infiel maldito!

Y se precipitó inesperadamente sobre Rhan, descargando en él sus puños con fuerza devastadora. Druva gritó. Rhan recibió los impactos de lleno, antes de poderlo prever siquiera, y rodó por tierra, sintiendo en su boca el salobre sabor de la sangre.

*

*

*

Xal se precipitó de inmediato sobre Rhan, mientras Druva intentaba en vano reducirle, lanzando gritos de temor. Una furia viva y devastadora parecía dominar en

estos momentos al compañero de Druva, que logró descargar en el rostro y pecho de Rhan dos terribles puntapiés. El joven rodó por el suelo, sintiendo su cuerpo atravesado por el dolor de aquellos impactos.

—¡No, no, Xal, por Yaddah, no sigas! —imploraba patética la joven, aferrada a su compañero—. ¡No lo hagas, ese hombre no nos ha causado daño alguno, sólo pretendía confortarme con sus palabras y su com- prensión!

Pero Xal, fuera de sí, era una furia incontenible, dispuesto a seguir masacrando sin piedad a Rhan. Por fortuna para éste, logró rehacerse a tiempo, pese a su aturdimiento y dolor, y evitar que de nuevo los puños y pies de su adversario hicieran blanco en su persona. Giró sobre sí mismo en el suelo, se incorporó con un salto elástico, y eludió los nuevos golpes de Xal, pasando a su vez a la carga.

Físicamente era menos fuerte que el musculoso y rubio joven de Zor, pero poseía más conocimientos del arte de luchar que su enemigo. Le fue ahora tarea sencilla evitar su acoso y descargarle dos secos mazazos al hígado y al estómago, que doblaron a Xal con gesto convulso. En ese mismo instante, Rhan le conectó otro directo al mentón, que hizo crujir el hueso ásperamente, y cuando se tambaleaba, inseguro y torpe, le lanzó hacia atrás con violencia al disparar su zurda en un gancho tremendo que

cazó a Xal de través en
pleno pómulo y sien.

Como un fardo, el compañero de Druva se derrumbó ante su contrincante, quedando inmóvil en el suelo. Druva se arrodilló junto a él, llena de terror.

—¡Le has matado, extranjero! —sollozó—. ¡Mi pobre Xal!

—No temas —jadeó Rhan, limpiándose el labio de sangre—. Sólo está desvanecido. No me gusta pelear, pero él empezó. Y tampoco me gusta ser golpeado a mansalva. Cuando se recupere, espero que se sienta menos agresivo. Dile que no soy su enemigo. No le guardo rencor, y espero que él tampoco me lo guarde a mí. Será mejor que me vaya ahora, Druva. No te hago ningún bien permaneciendo aquí.

—¿Qué clase de hombre eres? —susurró la joven, mirándole perpleja—. Sabes luchar y sabes perdonar, hablas como un amigo sincero y
tratas de comprender a los demás, aunque
rara vez sonríes...

—La sonrisa, cuando es como la vuestra, no significa mucho. Sospecho que sonreír forma parte de vuestra educación y principios, porque así os lo han exigido desde niños. Sonreír por decreto no es bueno. Como no lo es sufrir por igual causa. Eso me hizo rebelar contra mi gente hace mil años. Y
me rebelaré siempre contra toda forma de tiranía que exista, aunque se encubra con sonrisas.

—Mil años... —repitió Druva, asustada—. Tú no puedes ser tan viejo... Nadie es tan viejo, Rhan amigo...

—Yo lo soy, aunque no lo creas —sonrió el terrestre con tristeza—. No
lo entiendes, pero es así. A veces, yo tampoco lo entiendo. Pero ocurrió, y hay que aceptarlo. Ahora, adiós, Druva. Tu pareja se repondrá en breve, no tienes nada que temer.

—¿Te vas? ¿Volveré a verte?

—No sé. No creo que sea conveniente. Tú te debes a Xal. Será mejor

así.

—Dentro de pocos días, Xal y yo iremos a reunimos con Yaddah, y él

será feliz... No, no creo que volvamos a vemos ya.

—¿Y tú? ¿Serás feliz cuando emprendas el viaje a una nueva infancia, Druva?

—No —confesó ella con amargura, bajando la cabeza —. Sabes que no, Rhan.

—Entonces, rebélate. Lucha contra lo que no te gusta.

—¡No puedo! —gimió ella, desesperada—. Nadie puede negarse a caminar hacia Yaddah, una vez cumplida la edad. Nuestro dios nos reclama.

—Vuestro dios es un tirano malvado, si realmente es su designio y no el de otros. Pero creo que le tenéis demasiado miedo todos para enfrentaros a él.

Y dando media vuelta con brusquedad, abandonó la vivienda de la

pareja.

Salió a las calles geométricas, frías y lineales de la capital de Zor. Caminó por ellas, distraído, el gesto sombrío. Mucha gente de sonrisa perenne se volvía a contemplarle con asombro, extrañados de su cabello castaño oscuro, asomando bajo el casquete plateado, de su expresión seria y taciturna, tan extraña a los habitantes de Zor.

Mil ideas absurdas y horribles rodaban por su cabeza en una barahúnda infernal. Cosas que le habían sido narradas parecían deformarse, tomando un aspecto distinto y atroz. Sospechas, temores, intuiciones, le asaltaban como aguijones inquietantes.

«No lo entiendo, no lo entiendo... —susurraba,

hablando consigo

mismo—. Es algo que a veces parece tomar forma, que estoy seguro de ver claro... Y de repente se borra, se difumina de nuevo por completo. Hay algo en todo esto que no encaja, algo que se escabulle de mi mente..., pero que está ahí, ante mis ojos, esperando concentrarse, significar una cosa definitiva y precisa...»

Sacudió la cabeza con desaliento. No lograba captar aquella impresión escurridiza que se resistía a ser controlada por su cerebro. Pero en el fondo
de su ser empezaba a sentir
algo preocupante.

Empezaba a tener miedo.

Miedo... Y ni siquiera sabía a qué, ni por qué motivos. Aquella sociedad aparentemente feliz le desconcertaba. Sabía ya que tal felicidad era ficticia, como temiera desde un principio. Que era una dicha impuesta, rigurosamente programada desde la infancia. La gente era feliz porque no podía ser otra cosa. Pero Xal era un hombre violento, que sonreía poco y tenía fanáticas convicciones sobre su fe. Druva, su compañera, era una mujer temerosa, acosada por dudas, miedos y sombras de rebeldías. Cuando menos,

pensaba, eran humanos. Mucho más humanos que los demás. Sentían, sufrían, temían y se excitaban, aunque por razones diametralmente opuestas. Xal simbolizaba la fe ciega en Yaddah, su dios, y en las normas de una sociedad. Druva era la duda, la rebeldía innata pero medrosa, el sentimiento maternal y el amor a una vida que le gustaba como era y no como los demás querían que fuese.

«Me gustaría ayudarles de alguna forma —murmuró Rhan en su monólogo—. Sí, me gustaría, pero, ¿cómo hacerlo?»

Sin darse apenas cuenta, se encontró ante la entrada a la vivienda que le había sido designada por quienes ordenaban la vida en Zor. En el umbral,

sonriente y solícita como siempre, le esperaba ella, la dulce Vania.

—Tardaste mucho, mi amo —susurró tiernamente.

—Perdona. Me entretuve con unos amigos —se excusó Rhan, evasivo.

—¿Esos amigos tuyos fueron hospitalarios contigo?

—Claro que lo fueron. Y mucho —rio huecamente Rhan, tocándose la boca, todavía dolorida, lo mismo que sus costillas, por los golpes de Xal.

—Eso me alegra. Aquí, todo el mundo tiene que ser hospitalario. Es nuestra norma y nuestra conducta —dijo Vania con suavidad, apoyando una mano en el hombro de él—. Vamos, se te ve cansado, extranjero. Yo te relajaré antes de la cena...

Rhan se dejó conducir nuevamente al dulce y tonificante baño, donde Vania, una vez más, hizo alarde de exquisita ternura para enjabonarle y lavarle en las aguas perfumadas de la pila.

Ella misma, totalmente desnudo su cuerpo virginal, se sumergió con él en las aguas, acariciando con manos sedosas el torso y los brazos del joven, sus musculosas piernas...

Inesperadamente, Rhan se sintió hombre, recordó el largo período de abstinencia sexual en su prisión del espacio. La proximidad suave y cálida de aquel turgente cuerpo femenino le provocó deseos inconfesables. No pudo evitar que sus brazos rodearan a Vania, que sus labios besaran aquella boca húmeda, aquel cuello terso, aquellos redondos hombros, hasta descender a las copas virginales de sus pechos marmóreos.

Ella exhaló un suspiro, sonrió dulcísimamente, entornó sus claros ojos y rodeó a Rhan con sus brazos musitando con suavidad:

—Al fin... Ya era hora, mi dueño y señor... Soy tuya, tómame... y te haré gozar todos los placeres de un paraíso...

No mentía. Vania no era sólo una dócil servidora de modales dulcísimos. Era también una hembra insaciable y voluptuosa, como jamás conociera antes Rhan Seldon.

CAPÍTULO VI

Despertó. Junto a él, desnuda en el blanco lecho flotante, Vania dormía profundamente. Contempló absorto el cuerpo de diosa pagana, adolescente y sensual a la vez, pleno y delicado, infantil y profundamente lujurioso al mismo tiempo.

Había gozado largas horas de amor y pasión con aquella criatura rubia y turbadora, que parecía hecha para el placer del mismo modo que antes pensara que sólo servía para esclavizarse al servicio de un hombre. Besó tenuemente sus senos desnudos, y ella suspiró en sueños, con una sonrisa
radiante flotando en sus cálidos labios entreabiertos. Pero siguió durmiendo, vencida por la fatiga de la interminable lucha amorosa.

Rhan se incorporó, paseando por la estancia pensativo. Trató de mirar al exterior, sin ver apenas nada. Era ya noche cerrada, y la ciudad a esas horas no ofrecía luz alguna en sus calles desiertas, como bien sabía él por su llegada al planeta Zor en plena oscuridad. En cuanto a las luces de sus viviendas, también sabía que no daban jamás al exterior, debido a los
paneles opacos de sus ventanas, que permitían ver el exterior nítidamente, pero jamás el interior.

Se preguntó por qué tenían que ser tan sombrías las noches de Zor, por qué las calles de aquella urbe aséptica y geométricamente perfecta no tenían iluminación alguna cuando los soles gemelos no alumbraban.
Aunque no existiese vida nocturna en la ciudad o en el planeta, hubiera sido
mejor ver iluminación allá fuera para sentirse menos

prisionero de las tinieblas de la noche.

Inesperadamente, captó algo en la calle. Aguzó la mirada, curioso y sorprendido.

—Vaya —murmuró—. Al fin veo una luz...

Era cierto. Un resplandor asomaba por el final de la recta avenida en que se hallaba. Eran dos faros horadando la oscuridad como dos cuchilladas de luz en la negrura. Un vehículo avanzaba, rodando a considerable velocidad sobre la calzada callejera.

Era una especie de coche a turbina, sin ruedas, deslizándose sobre el pavimento con algo parecido a dos patines de hielo, afiladas cuchillas deslizantes que no producían ruido alguno. No era cubierto, y podían verse claramente sus ocupantes incluso desde aquella altura. Rhan lanzó una sorda impresión de asombro y contrariedad.

El curioso vehículo iba ocupado por cuatro personas. Dos de ellas vestían aquella túnica dorada, metálica de reflejos, que parecían constituir el uniforme de los soldados o guardianes del gobierno de Zor. Ambos llevaban en su cintura aquella especie de espada que él viera en una ocasión

apoyada en su espalda, haciéndole un daño peculiar cuando intentó resistirse.

Pero lo sorprendente era quiénes iban atrás sentados rígidamente en los asientos posteriores... y sujetos el uno al otro por una especie de esposas formadas por bandas metálicas en sus muñecas y tobillos.

—¡Druva y Xal! —jadeó Rhan—. Parecen prisioneros. Les llevan a alguna parte, no hay duda...

Se extrañó y también se sintió furioso. Rápido, tomó su túnica y se vistió, con expresión ceñuda. Druva era una muchacha que necesitaba ayuda. Tal vez también la necesitaba Xal, pese a su comportamiento. No le gustaba verles como cautivos, sujetos entre sí y escoltados por una guardia,
en plena noche. Tuvo el raro presentimiento de que algo siniestro se ocultaba en aquel hecho.

Se encaminó hacia la puerta, olvidándose por completo de la dulce y complaciente Vania, tendida desnuda en el lecho. Era un error.

—¿Adónde vas? —preguntó de repente ella, con voz tensa—. Rhan, mi señor, ¿qué pretendes hacer?

Se paró en seco, sorprendido. Giro la cabeza. Vania se había
incorporado en el lecho. Le miraba fijamente sin dejar de sonreír.

—He visto a unos amigos en apuros —dijo secamente —. Tengo que averiguar qué ocurre y tratar de ayudarles.

—¿Te has vuelto loco, querido? —susurró ella—. Nadie puede salir de noche en esta ciudad. Lo prohíbe la Ley. No se puede abandonar la casa
mientras está oscuro.

—¿Qué ley es ésa? —Rhan frunció el ceño.

—Una que todos debemos cumplir. La noche es para descansar. Nadie sale de noche al exterior, no tendría

sentido.

—¿Y si alguien incumple esa ley?

—¡Qué tontería! —rio ella—. ¿Por qué habría de hacerlo? No tiene lógica pensarlo.

—Vuestra lógica me irrita, Vania. Para mí, sí tiene lógica salir de noche. Soy libre de salir cuando quiero. Me gusta hacerlo, y eso basta. No es un delito.

—Aquí, sí. Es un delito, Rhan, querido mío —musitó dulcemente la muchacha—. Vuelve al lecho. Te haré feliz el resto de la noche...

—Ahora no —rechazó él, tajante—. Quiero salir. Dime qué me pasará si lo hago.

—Te arrestarán. Te acusarán de quebrantar las leyes.

—Yo no soy de Zor. Soy un extranjero.

—Has de cumplir las leyes como todos. Para eso eres huésped de Zor. No te exime el hecho de ser extranjero de su incumplimiento.

—Pues no me gusta vuestra ley. Debo salir para saber qué les ocurre a unos amigos. Les he visto en un vehículo, por la calle. Van esposados,

atados entre sí. Y les
conducen dos soldados.

—Entonces, mejor será que no te mezcles en el asunto.

—¿Por qué? —indagó acremente Rhan.

—Porque te perjudicaría. Sólo los reos de graves delitos son tratados así, y sacados de noche de sus hogares.

—¿Qué se les hace luego?

—Se les somete a la Ley del Yaddah, es todo —dijo sonriente, encogiéndose de hombros.

Rhan Seldon, rápido, fue hasta Vania, la tomó por los hombros y sacudió su cuerpo desnudo, sin sentirse ahora atraído sensualmente por aquella carne joven, vibrante y tersa que se agitaba en sus brazos.

—¿Y qué clase de ley es ésa? —exigió—. ¡Vamos,
habla!

—Me haces daño, amor —se quejó Vania—. No debes hacer ciertas preguntas...

—¡Vamos, responde de una maldita vez, Vania! ¡Dime lo que les pueden hacer!

—Está bien. Puesto que quieres saberlo... —ella le miró fijamente. Rhan se preguntó si era imaginación suya simplemente, o si ahora la
sonrisa de Vania tenía algo de fría y cruel—. Se les entrega a Yaddah anticipadamente. Son internados en la Esfinge, para su reciclaje inmediato.

—Y... y salen de allí convertidos... en niños...

—Así es.

—Dios mío... ¡Pero ella no desea ser niña otra vez! ¿Sólo quiere vivir siendo mujer, envejecer y morir!

—Eso es una blasfemia en Zor. Nadie puede desear eso, Rhan —habló afablemente Vania—. Es delito gravísimo. Druva ha cometido ese delito... y debe pagar.

—¡Druva! —Rhan se revolvió airado contra Vania y la arrojó violentamente sobre el lecho—. ¿Cómo sabes tú que

se trata de Druva? ¡Yo no he citado su nombre!

—Yo sé muchas cosas, mi amo y señor —rio suavemente ella, retorciéndose voluptuosamente en el lecho—. Ven... Ven y olvida a los demás... Amor mío, te haré feliz... No te preocupen ellos dos. Druva y Xal serán felices muy pronto, cuando vuelvan a ser niños e inicien una nueva etapa de su vida eterna...

—¡Empiezo a dudar que alguien en este maldito planeta sea realmente feliz! ¡Incluso dudo de que esa vida eterna de la que tanto habláis sea algo más que una bonita mentira para mentes fanatizadas! ¡No voy a abandonar a esa infortunada pareja en estos momentos, Vania, pierdes el tiempo pretendiendo seducirme de nuevo con tus encantos de adolescente servicial!

Y avanzó rápido hacia la salida. Vania le llamó desde la cama, enfáticamente:

—¡Vuelve! ¡Vuelve aquí, Rhan, no seas loco! ¡Vuelve o te perderás definitivamente! ¡Rhan, no puedes hacer eso! ¡Rhan, vuelve... antes de que sea demasiado tarde!

Ella había dicho justamente la frase que menos podía convencer a Rhan Seldon para dejar de hacer algo: «no puedes».

Había sido condenado en la Tierra a una suerte atroz, precisamente por intentar hacer lo que «no se podía».

Y así sería siempre, porque él era libre y se sentía libre, por encima de todas las leyes y de todas las normas. Su existencia no podía estar programada por decreto. Nunca lo aceptaría.

Salió a la calle en sombras. Se orientó, encaminándose hacia la gran plaza central donde se alzaba la Esfinge de Yaddah, el dios de Zor.

Cuando llegaba a poca distancia de la enorme mole de piedra negra, con la fosforescencia de sus ojos y de su boca brillando malignamente en la sombra, ocurrió.

Hubo un zumbido a su espalda. Un haz de luz le envolvió de súbito. Notó que un vehículo casi silencioso se detenía junto a él de inmediato. Una fría voz le conminó:

—Alto, extranjero. Estás arrestado.

—¿Yo? —se revolvió, sin poder ver nada más allá del chorro de luz que le cegaba—. ¿Por qué? ¿Por salir de mí casa en la noche? Soy extranjero, tú lo has dicho. No tengo por qué sentirme prisionero en mí casa.

—Estás arrestado por un delito más grave: interferencia en los asuntos de Zor y quebrantamiento de la Ley por pretender ayudar a dos delincuentes.

—¿Qué diablos significa eso? ¿De qué delincuentes habláis?

—Lo sabemos todo, no puedes negar. Xal y Druva

están acusados de muy graves delitos de rebeldía y blasfemia. Han sido sentenciados por ello. Quien trate de ayudarles, incurre también en delito grave. Sólo si pruebas ser inocente de esos cargos serás dejado en libertad y, por esta vez, no se te
sancionará por salir de tu domicilio en horas prohibidas.

—No tengo que probar nada. Sólo quiero saber por qué fueron arrestados mis amigos y qué se puede hacer por ayudarles...

—Nadie puede hacer nada. Serán conducidos al alto honor de la Renovación. Volverán a ser niños. Xal se sentirá orgulloso por ello. Druva lo rechaza y comete delito de blasfemia. El compañero se hace partícipe de
culpa por el simple hecho de permitirla pensar así.

—¡Pero eso es monstruoso! —protestó Rhan—. ¡Todo el mundo es libre de pensar lo que quiera!

—No en Zor, extranjero, cuando esos pensamientos son blasfemos. Prueba tu inocencia en este caso y serás libre.

—Yo repito que sólo quería ayudarles —dijo Rhan,
tajante—. Y no se

me puede prohibir que lo intente. Deseo ver al Legislador Ursal y pedirle clemencia para Druva y para Xal...

—Denegado. Tu insistencia te hace culpable. Por tanto, estás arrestado.

—¿Sólo por intentar pedir clemencia para unos acusados? Eso es ridículo.

—No sólo por eso. Se te acusa de censurar las leyes de Zor y de pretender modificarlas a tu gusto, de relacionarte con Druva y estar de acuerdo con sus ideas rebeldes. Todo eso es muy grave, y tenemos un testigo que te acusa de todo ello.

— ¿Un testigo? ¿Quién?

—Yo, mi amo y señor —dijo la suave, dulce voz de Vania

Rabioso, exasperado, Rhan cargó contra los policías violentamente. Saltó fuera de la luz y cayó encima de unos cuerpos, rodando con ellos por el pavimento. Logró abatir a uno de ellos de varios secos puñetazos, pero otros dos le redujeron de inmediato aplicándole sus extrañas espadas al cuerpo. Sacudido por violentas descargas eléctricas, aulló, revolcándose por tierra, mientras unas cintas de acero se cerraban en torno a sus brazos y piernas, reduciéndole finalmente.

Fue acomodado a viva fuerza dentro del vehículo celular descubierto. Vania le contempló, siempre sonriente, a la luz cruda de los faros que hendían la negra y vacía noche de la ciudad.

—Lo siento, mi señor —susurró con su engañosa dulzura—. Tú tuviste la culpa.

—¡Zorra, víbora repugnante! —rugió Rhan—. Sois todos una horda de gentuza miserable. Esa sonrisa y esa dulzura sólo esconden maldad y tiranía...

—Llevadlo —dijo con rara autoridad en su voz casi infantil—. Deberá ser ajusticiado mañana mismo, cuando

Xal y Druva sean reciclados en la Esfinge.

—Sí, Vania —afirmó respetuoso un policía, saludándola deferente, antes de partir con Rhan como prisionero, a bordo de aquel sibilante y rápido vehículo, a través de la ciudad geométrica en tinieblas.

—¿Quién diablos es esa mujer para que tanto la respetéis? —gruñó Rhan, furioso, debatiéndose en vano en sus aceradas ligaduras.

—Vania, la amada del Legislador Ursal —explicó fríamente un risueño policía.

*

*

*

Se sentía furioso consigo mismo. Furioso y decepcionado.

Había caído en una trampa. La falsa hospitalidad de Zor era un cepo donde se dejó cazar estúpidamente. Nunca habían sido sinceros con él. Le estudiaron, le vigilaron como a un sospechoso desde el principio. Vania

había sido, a la vez, su esclava, su amante y su espía constante. Concubina y fiel vigilante por orden del auténtico amo, el afable Legislador Ursal, que había sabido ponerle a prueba y descubrir que Rhan Seldon era un peligro para Zor. Porque todo hombre libre, todo rebelde contra un sistema, es un peligro para quienes detentan el poder. Y el Poder siempre tiene la razón. Sea cual sea el sistema, el Poder siempre domina, oprime y aplasta.

La rebeldía es inútil. Inútil y peligrosa.

Pero él no se arrepentía. Él era un rebelde. Lo sería siempre, hasta morir. Lo fue mil años atrás y volvía a serlo. Prefería morir dignamente a vivir envilecido por la esclavitud y el sometimiento. No podían hacerle mucho daño, después de todo. Un hombre, decía Rhan, lo máximo que
puede perder es la vida, pero jamás la dignidad ni la vergüenza de su propia identidad. La vida no le importaba. La había disfrutado más de lo previsto.
No temía morir. Aquella gente de sonrisa eterna y cerebro retorcido sólo podía despojarle de su existencia. Nada más. Confiaba en que alguna vez, en un futuro más o menos remoto, la semilla de la rebeldía en personas como él o como Druva, germinase en otras personas, o en las mismas ya recicladas, para cambiar las cosas en Zor, para terminar con la tiranía de
Ursal y
de su dios
Yaddah.

Pero ahora, de momento, él, como Druva, era víctima de ese poder político y religioso. Y las víctimas de esos dos poderes, siempre terminan igual: en el exterminio implacable. Había sido así en la Tierra durante siglos. Era así aún en Zor en la actualidad. Seguiría siendo igual durante milenios en cualquier rincón del Universo habitado por seres humanos.

—Serás ajusticiado en la Esfinge, al tiempo que Xal y Druva son reciclados para una nueva existencia mejor —se le anunció horas más tarde, en su celda de cautiverio, negra y desnuda como casi todo en Zor.

—No me asustáis con eso —se limitó a responder fríamente—. Yo no temo a la muerte. No podéis verme vencido ni atemorizado, lamento defraudaros, miserables verdugos.

Los guardianes se retiraron en silencio, con su estúpida sonrisa fija en sus labios sardónicamente. Rhan maldijo entre dientes, golpeando los negros muros cristalinos de su celda.

Cuando de nuevo abrieron la puerta y vio ante él a media docena de hombres uniformados, supo que había llegado la hora.

—Vamos —ordenó un oficial con su mejor sonrisa—. Vas a comparecer ante la suprema ley de Yaddah, extranjero.

—Me siento como un caballero andante que va a ser devorado por el dragón, en su empeño inútil por salvar a la princesa del cuento —rio huecamente Rhan, desconcertando a los soldados con su indiferencia ante la muerte—. Sólo que vuestro dragón es una simple estatua, un ídolo repugnante, en cuyo fondo sólo Dios, el auténtico Dios de todas las criaturas, sabe lo que puede haber...

Y echó a andar, resuelto, frío, altivo incluso, camino del lugar del sacrificio final.

La plaza hexagonal aparecía repleta de un público enfervorizado, que le insultaba a su paso, censurándole su blasfema conducta para con Yaddah, el Supremo. Rhan sonreía despectivo, arrogante, despreciando a aquella masa fanatizada Descubrió entre la multitud al Legislador Ursal, con sus inseparables Orlan y Dayno, así como con la dulce y voluptuosa Vania apoyando una mano en su hombro, mientras sonreía, insultante y desdeñosa, al reo que iba a morir.

Al pasar ante ellos, Rhan hizo un gesto despectivo y habló en voz alta:

—Mi muerte no os salvará de las iras de los rebeldes y de los justos, llegado el momento, Ursal. Tu imperio de tiranía y de fanatismo se hundirá cuando el pueblo abra los ojos a la verdad y vea que detrás de la fachada de ese ídolo repugnante a quien llamáis Yaddah, no hay nada más que mentiras y engaños. Ni siquiera creo que vuestra fábula de los adultos convertidos en niños sea cierta. Sospecho que ahí, dentro de esa miserable Esfinge que simboliza vuestra barbarie y crueldad, existe una gran mentira, un fraude gigantesco que algún día otros rebeldes descubrirán...

Ursal dejó de sonreír por un instante. Un relámpago de ira cruzó sus claros ojos afables. Incluso Vania torció su dulce gesto, revelando en un fugaz momento algo muy parecido al odio y la rabia, para de inmediato sonreír de nuevo.

Rhan siguió adelante, mientras murmullos de mal contenida furia brotaban de la gente allí reunida al oír sus ofensivas, duras palabras. Rhan se limitó a mirarles con despreciativa sonrisa.

Y comenzó a subir los escalones negros hacia su destino final, en medio de un repentino, sobrecogedor silencio.

Simultáneamente, al otro extremo de la amplia escalinata, los soldados depositaron a la pareja formada por Xal y Druva, unidos entre sí. Murmullos coléricos de la multitud señalaron su presencia. Rhan les miró. Y les vio comenzar a subir al mismo tiempo que él. Xal llevaba un gesto
sereno, incluso radiante, mirando feliz hacia el rostro ascético de negra piedra. En cambio, Druva, muy pálida y abatida, subía cada escalón susurrando para sí:

—No quiero... No quiero otra vida... Deseo vivir solamente mi existencia... No quiero ser niña otra vez... No, no, por Dios... Si existe un Dios más justo y comprensivo, deseo vivir, sólo vivir tal como soy...

Rhan le respondió desde su emplazamiento, sin dejar de subir a largas zancadas la altura de cada gigantesco tramo de escalera:

—Animo, Druva. Ese Dios existe. Confía en El... y Él te ayudará en este trance.

Ella le miró, mientras Xal continuaba en su contemplación enfervorizada de su gigantesco dios negro. Una vaga sonrisa, esta vez

tierna y sincera, iluminó los labios de la joven. Y la oyó responder mansamente:

—Si es así... quiero creer en El y no en Yaddah...

Quiero creer en ese
Dios tuyo, Rhan amigo...

CAPÍTULO VII

La boca de la Esfinge les envolvió en su resplandor cegador. Pasaron el umbral los tres al mismo tiempo. La negra boca se entrecerró tras ellos.

—¡Al fin! —clamó Xal, cayendo de rodillas mayestático—. ¡Oh, Yaddah, mi dios, acoge a este hombre leal que te ama y desea ser niño otra vez para dedicar su vida una y mil veces a tu culto!

Una carcajada ronca y sonora acogió las palabras fervorosas del condenado, allá en la profundidad cavernosa del recinto interior de la Esfinge.

De inmediato, ante el pasmo del propio Xal, de Druva y de Rhan, aparecieron ante ellos hombrecillos menudos y rápidos, ataviados con una especie de malla de un género brillante, parecido al amianto, de intenso color negro. Sus caras simiescas, de color terroso, eran risueñas y rugosas bajo el cráneo rapado. Aquellos personajillos les rodearon, como una infernal cohorte de enanos malignos dentro de una inmensa gruta negra y rocosa, alumbrada por potentes haces de luz verde y roja del interior.

—¿Qué... qué significa esto? —jadeó Xal—. ¿Y Yaddah, mi dios? ¿Dónde está?

—En ninguna parte, estúpido —dijo riendo uno de los hombrecillos, mientras daba saltos a su alrededor—. Aquí no hay otro dios que el voraz Yod... y nosotros, sus fieles cuidadores, claro.

—Yod... —repitió Rhan, con sequedad—. ¿Quién es Yod?

—Yod el Devorador —respondió el enano entre

carcajadas—. Siempre tiene hambre... Siempre quiere comer, comer... Su furia es tremenda cuando no se le sirven sus manjares predilectos...

Y reía sin cesar, al decir todo eso, mientras sus compañeros, siempre dando vueltas y saltos en torno a los tres condenados, iban envolviendo a éstos en una fina malla metálica que los aprisionaba y reducía a una total impotencia.

—¡Ya basta! —cortó un vozarrón poderoso, al fondo de la iluminada caverna abierta en las fauces de la Esfinge —. Callaos de una vez, miserables hombrecillos.

Y un ser sorprendente surgió de la zona situada más allá de las luces radiantes.

Era un hombre altísimo, de tez azulada, cabellos dorados y rostro anguloso, vestido con una larga túnica negra, reluciente, mientras sus manos aparecían enguantadas de aquel mismo material negro brillante, parecido a la goma o el amianto.

Avanzó majestuoso hacia ellos, mientras los hombrecillos se inclinaban, ceremoniosos, ante su presencia. Rhan y la joven pareja de

habitantes de Zor le contemplaron perplejos.

—¿Quién eres tú? —indagó Xal, desorientado—. ¿Qué significa todo esto? Creí que dentro de la boca de mi dios Yaddah sólo había prodigios y maravillas, no hombrecillos desagradables... y simples luces artificiales.

—Soy Kirak, Guardián de la Esfinge —informó solemne el desconocido—. Sólo yo conozco el gran secreto de ella. Esos hombrecillos sólo saben hablar y saltar, no les hagas caso. Mi tarea es recibiros aquí y conduciros adonde os espera vuestro destino final. No es muy frecuente tener invitados de excepción como vosotros, pero la suerte de todo el que aquí entra es siempre la misma sin remedio. Nadie vuelve a salir jamás con vida de la Esfinge, Xal.

—Lo sé. Pero vuelve al mundo convertido en niño... para vivir de nuevo.

—¡Vivir de nuevo! —una seca carcajada brotó de los azules labios del extraño sacerdote de Yaddah—. Tonterías para la credulidad popular, Xal. Eso nunca ocurrió. Yaddah no da la vida eterna a nadie.

—¿Qué... qué quieres decir? —jadeó el compañero de Druva.

—Lo que oyes. El que entra aquí muere sin remedio.

—¿Y los niños que salen al exterior? —terció Rhan.

—Simples niños, educados y programados convenientemente para que crean ser los adultos que entraron aquí. Muchas veces, los propios hijos de quienes han de ser sacrificados al cumplir la edad reglamentaria.

—¡Cielos, no! —gimió Druva—. Entonces, mis hijos...

—Serán los que salgan de aquí en vuestro lugar —asintió gravemente Kirak—. Ellos pensarán que sois vosotros, rejuvenecidos nuevamente. Porque así está ya inculcado en sus mentes. Ahora duermen un letargo del

que saldrán para maravillar a quienes esperan allá fuera.

—Y entonces, nosotros...

—Entonces, vosotros estaréis muertos. No existe una segunda vida. Ni ninguna más.

—¡Pero entonces todo es falso! ¡Yaddah no existe, la religión que hemos aprendido es una mentira! —rugió Xal, lívido.

—Eso, todos lo descubrís un poco tarde —sonrió Kirak, asintiendo—. A nadie se le oculta en el último momento la realidad. Al menos, mueren sabiendo que estuvieron respetando toda su vida una gran mentira, necesaria para la supervivencia de Zor.

—¿Necesaria? ¿Por qué necesaria? —rechazó abruptamente Rhan—. ¿Qué pueblo puede sobrevivir en la mentira y en el engaño?

—Tal vez todos —suspiró Kirak—. Este, cuando menos. Extranjero, escucha eso y sabrás por qué eso significa sobrevivir...

Se acercó a un muro de la gruta y pulsó algo, un resorte adosado a la lisa pared de piedra.

En alguna parte, allá en el ignorado fondo de la Esfinge, un bramido

extraño, profundo y aterrador, se dejó oír, haciendo temblar los muros pétreos como si fuesen de papel. Una especie de helado vapor les llegó de la distancia, despidiendo un extraño, profundo hedor repulsivo.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Druva, despavorida, agazapándose junto a su pareja.

—Eso... es Yod el Devorador —dijo sordamente Kirak, con gesto sombrío.

—Yod... —repitió Rhan Seldon, perplejo—. ¿Qué es, exactamente, el tal Yod? ¿Puedes revelarnos eso antes de morir, Kirak?

—Lo averiguaréis por vosotros mismos en seguida —asintió el guardián de la Esfinge—. Venid. Vais a conocer por primera vez a Yod, el alma auténtica de vuestro dios Yaddah...

Hizo un gesto ampuloso. Los hombrecillos, riendo gozosos, empujaron a Rhan y a la joven pareja nativa, en dirección al fondo donde sonara el misterioso y estremecedor bramido.

Recorrieron un corredor negro, cristalino, hasta detenerse delante de una especie de puerta ovalada, tras la cual se veía una resplandeciente claridad verdosa, y de donde emergía un extraño frío viscoso, que helaba la sangre de las venas.

Sin saber por qué, a Rhan se le erizaron los cabellos. El presentimiento oscuro de que algo espantoso y terrible les aguardaba allí, como explicación de tanto horror y tanta mentira, hizo presa en él. Los vagos temores y aprensiones nunca concretados antes, allá en el exterior, parecían ir tomando forma. Una forma desagradable, acaso alucinante,

que no
presagiaba
nada
bueno.

Ahora ya sabía que sus inconcretas sospechas sobre algo demasiado oscuro y confuso eran del todo ciertas. El reciclaje humano era una mentira más. Los jóvenes enviados a una regeneración vital eran sólo víctimas de un horrendo sacrificio humano. Los supuestos niños que antes fueran adultos eran sólo eso: los niños desaparecidos, los que se decía que vivían felices en lejanas granjas y centros de producción del norte del planeta...

Pero todo eso, ¿qué explicación podía tener? ¿Qué cosa o ser era Yod el Devorador? ¿Por qué sacrificar a miles de jóvenes de ambos sexos, en la plenitud de su vida, significa supervivencia para los demás? ¿Qué nuevo espanto indescriptible iban a afrontar los tres, en su momento postrero?

Ahora mismo iban a saberlo. Y Rhan sabía positivamente que ese conocimiento, previo a la muerte cierta, no iba a ser de su agrado en absoluto. Que podía existir en este universo algo peor aún que la misma muerte... y que ese «algo», sin duda alguna, era Yod...

Pero... ¿qué era Yod?

—Es la hora —dijo Kirak solemnemente—. Debo enviaros con Yod. Eso calmará su impaciencia, como ocurre siempre... y como seguirá ocurriendo durante siglos.

Empujó a Xal hacia la abertura oval. Druva sollozó, angustiada, tratando de evitarlo. Pero Xal, decidido, se dejó empujar, sin oponer resistencia, pálido y tenso.

—No sufras, mujer —dijo a su compañera suavemente —. Demasiado tarde descubro que tenías razón. Debí ser rebelde yo también. No existe

Yaddah. No hay nada en lo que pueda creer ya. Soy culpable de estupidez, de fanatismo, de ceguera ante la realidad. Merezco este final. Pero ni tú ni Rhan lo merecéis. Por vosotros lo lamento.

—No, Xal —negó Rhan—. Nadie merece un final así. Tú menos que nadie. Tu única culpa fue creer en lo que te decían. Es la de muchos. Quisiste admitir la existencia de un dios absurdo, pero creer en algo no

siempre es un error. Yo creo en un Dios diferente, Xal. Y pido a El por nosotros. Tengo fe en que me escuche.

—Yo, no —sonrió tristemente Xal—. Ya no puedo creer en nada, lo siento. Pero me gustaría creer en tu Dios, extranjero. Debe ser bueno y justo, si es que existe. Y pensaré en El al morir, por si me sirve de algo. Sólo puedo pedirle que os ayude a vosotros y que tenga piedad de mi alma, si le es posible. ¡Adiós, Druva!

—¡Noooo! —chilló ella, exasperada, cerrando sus ojos

con terror.

Xal había saltado hacia adelante. Rhan le vio atravesar el hueco oval. Su figura se recortó unos instantes contra el verde fuego de la misteriosa zona situada más allá de la abertura. Luego, con un alarido terrible, su cuerpo se hundió en la sima luminosa.

Después... ocurrió algo espantoso.

Del fondo de aquella sima subió un nuevo bramido, al parecer de complacencia, luego un raro crepitar, un alarido de angustia brotando de una humana garganta... y por último un sordo, chapoteante sonido, como de alguien

deglutiendo, triturando... tragando.

Rhan sintió esta vez que los cabellos se le erizaban.

Miró con horror a
Kirak.

—Dios mío... —balbuceó—. Ahí dentro... hay algo..., algo vivo...

—Sí —afirmó Kirak suavemente—. Yod está vivo. Es un ser, una criatura... Su tamaño es enorme... y necesita nutrirse de carne humana joven... Tiene siglos de existencia y nada puede destruirlo... Vive ahí encerrado, y ahí seguirá mientras se le alimente... Cuando eso terminara... Yod saldría de la Esfinge... y lo asolaría todo...

Druva y Rhan cambiaron una mirada despavorida. Miraron luego a la puerta oval, a la luz verde, cegadora. Temblaron al percibir una especie de
sordo jadeo, de respiración profunda en el fondo de aquella sima de horror.

Un vaho pestilente y gélido llegó hasta ellos, mezclado con el inmundo vapor que surgía de aquella abertura.

—Vamos —invitó fríamente Kirak—. El siguiente. ¿Quién va a lanzarse ahora?

—Yo —dijo con serena entonación Rhan Seldon, dando un paso adelante.

CAPÍTULO VIII

—Eres valiente —aprobó Kirak—. Te admiro, extranjero. Vas a ser devorado por Yod, el monstruo voraz hibernado durante siglos... Espero que todo sea breve y piadoso para ti. Eras un peligro para esta sociedad, tú lo sabes. La rebeldía podía abrir los ojos a los demás. Y eso hundiría la disciplina, el sistema... y significaría, quizá, la liberación de Yod el Devorador. Y el fin de este planeta...

—¿Cómo pudo llegar Yod a dominaros de ese modo? ¿No se le puede destruir? —preguntó Rhan, ya cerca de la abertura, mirando fijamente el gélido vapor maloliente que de allí surgía, como un vaho del mismo infierno.

—No, no se le puede destruir, extranjero. Dicen que en siglos pasados era sólo una espora, una célula llovida de lejanos mundos... Sí hibernó en los glaciares del norte. Y creció, creció... Nuestros expertos pudieron capturarlo a tiempo, pensando en su posible destrucción. Pero el monstruo no pudo ser destruido. Crecía, crecía... y hubo que construir esta Esfinge para ocultarle en su interior, en ese enorme pozo, sometido a las frías temperaturas que le complacen. Con eso y alimento humano frecuente, no exige más.

—¿Cómo es, realmente, esa cosa horrible?

—Informe. No tiene aspecto concreto alguno, no tiene forma. Es como una masa palpitante, una especie de babeante materia viva e inteligente, terriblemente voraz. Cuando un ser cae en su masa es de inmediato triturado, deglutido... Sólo eso le tranquiliza y mantiene dormido sus atroces instintos de destrucción y voracidad.

—Comprendo —Rhan meditaba, sombrío, mientras Druva le contemplaba, estremecida—. ¿Ejerce alguna

influencia sobre vosotros?

—Eres muy listo —sonrió Kirak débilmente—. Ejerce influencia sobre todo. Y sobre todos. Yo diría que posee cerebro, que es una mente extraña, distinta a las nuestras, pero muy poderosa... Aun aletargada, esa «cosa» puede hipnotizarle a uno, convertirle en un autómata inofensivo... Si vieras a los que vienen en legión pensando que van a volver a su infancia... Entran, se aterran... pero de inmediato les entra un raro sosiego, una calma profunda... y caminan hacia Yod con serenidad, sonrientes y felices. Yo nada influyo en eso, palabra. Es Yod. Les sugestiona, les domina, entra en posesión de sus mentes...

—Hipnosis colectiva —asintió Rhan. Miró a la verde luz del monstruoso abismo—. Lo imaginaba. Noto ciertas radiaciones mentales hace tiempo. Me atraen al abismo, me invitan a arrojarme a él gustosamente...

—Déjate dominar por esos influjos, extranjero —aconsejó Kirak—. Es mejor morir así, dulcemente, como por propia voluntad... Nadie puede resistirse a Yod.

—¿Y por qué no? —preguntó de pronto Rhan, mirando fijamente a su interlocutor—. Después de todo, tú lo has dicho, Kirak: yo soy extranjero.

Humano como vosotros, pero no poseo vuestra frecuencia mental, ni tan siquiera vuestra frecuencia de sonidos... Tal vez baste con quitarme...

¡ESTO!

Y rápidamente, con un impulso brusco, violento, que «algo» o

«alguien» pareció por un momento intentar bloquear y apartar de su voluntad, Rhan Seldon se despojó de su casquete metálico, aquel que le

suministrara Ursal el Legislador, para adaptar su oído, su fonética y su mente al lenguaje y a la forma de vida del planeta Zor.

Algo sucedió de inmediato en derredor suyo.

*

*

*

Dejó de percibir sonidos. Los labios de Kirak y de Druva se movían, pero él no captaba palabra alguna. El habló, se escuchó a sí mismo, pero advirtió que ellos no le oían. Era como vivir en un repentino mundo de sor-domudos, donde sólo su propia voz era audible para él.

—Debo probarlo —dijo a Kirak, sabiendo que él no le entendía ni tan siguiera captaba la frecuencia sonora de su voz—. Debo probar lo único posible en este trance: mi mente queda desconectada de las vuestras. Tal

vez así pueda luchar contra Yod, ese monstruo que os tiene

presos
mentalmente...

Tiró el casquete al suelo, y avanzó decidido hacia la abertura oval. Era curioso, pero ya no percibía ni el vaho helado ni el olor nauseabundo de antes. Era como haber quedado desconectado al mismo tiempo de toda otra sensación corporal con el mundo que le rodeaba.

«Imagino lo que ocurre... —hablóse a sí mismo—. Ese casquete... no sólo posee medios electrónicos para adaptar mi voz y mi lenguaje al
vuestro y viceversa. También debe estar saturado de electrodos que ejercen influencias sobre el cerebro y lo amoldan a una forma de vivir... Muchas cosas vuestras ya no me afectan, porque me he desligado de sus efectos
sobre vuestro cerebro. Veamos si ocurre igual con Yod, porque en caso contrario... significará igualmente la muerte para mí.»

Los pequeños seres chillones que ayudaban a Kirak en su conservación
del demoníaco interior de la Esfinge aparecieron de nuevo, emitiendo gritos que él ya no oía. Les miró, indiferente, y luego se acercó a la abertura oval, poniendo el pie en su umbral, y asomando al fondo.

Todo el horror de la dantesca visión de Yod, la repugnante criatura del abismo, apareció ante él.

Pero en vez de encararse con lo que describiera Kirak, fue una imagen muy distinta de Yod el Devorador la que captó su mirada, la que llegó a su cerebro, ya sin el acoplamiento artificial a las demás mentes de Zor.

Era repulsivo, viscoso, sí. Yod era un monstruo que causaba náuseas. Pero distaba mucho de ser gigantesco, aunque ellos pensaran así.

Allá, al fondo de la sima luminosa, en medio de un vaho que ya no le molestaba en absoluto, se retorcía una babosa forma de aspecto gelatinoso, blanda y lívida, llena de palpitantes orificios parecidos a las ventosas de un pulpo. Descarnadas fibras húmedas, como pequeños tentáculos, partían de aquella masa repugnante que se agitaba en medio de montones de huesos humanos y calaveras blanquecinas, restos de sus atroces festines.

Pero la forma de Yod, en total, no era mucho mayor que el propio pulpo con el que él le comparase poco antes. Rhan entendió el fenómeno,
mientras se lanzaba decidido al vacío, dispuesto a jugárselo todo a una sola carta.

Yod poseía un gran poder mental, que había logrado engañar a los habitantes de Zor, haciéndoles creer que era gigantesco. Simple hipnosis colectiva sobre todo nativo del planeta que se encarase con aquella criatura
llegada de sólo Dios sabía qué remoto confín galáctico. Pero ahora, desconectado su poder mental de un cerebro distinto sustancialmente a aquellos que estaban habituados a dominar, Yod era incapaz de sugestionarle a él y hacerle ver lo que no era.

Cayó Rhan sobre el cuerpo blando y fofo de la bestia cósmica, que se
retorció, voraz, intentando aferrarle. Pero Rhan era el primer ser humano que caía allí con intenciones muy distintas a ofrecerse como dócil presa.

Y aunque iba desarmado, su única voluntad ahora era luchar y vencer. Luchar contra un monstruo llegado del espacio, y que pese a su pequeño tamaño tenía dominado a todo un planeta.

Para ello, Rhan escogió el arma más vieja y primitiva del mundo, la única a su alcance: un hueso humano.

Saltó atrás tomando una larga tibia en su diestra. Eludió la presa de los filamentos gelatinosos del monstruo contra su cuerpo, y descargó un seco golpe de tibia contra la parte superior de la masa uniforme, allí donde su instinto le decía que debía hallarse la zona más sensible de la «cosa».

Acertó. Su lógica había obtenido el primer éxito. Yod se agitó, convulso, como si se resintiera fuertemente al verse golpeado en aquel punto. Su ira le llevó a contraatacar con rabia, y sus filamentos pegajosos se adhirieron a los tobillos de Rhan, haciéndole caer.

El joven vio venir sobre él aquella mole adiposa, blanda y fría, envolviéndole en parte con su viscosa materia, que comenzó a succionar ávidamente sobre su piel.

Supo que sería engullido y triturado si se dejaba vencer ahora. Golpeó rabioso con la tibia sobre la «cosa», con tanta fuerza que se astilló el hueso

con
violento
chasquido.

Y ahí estuvo su gran fortuna.

Porque la tibia humana, al quebrarse, se transformó de inmediato en una especie de punzante, afiladísima arma capaz de cortar cualquier cosa con su puntiagudo filo. Rhan, rabioso, clavó una, dos, hasta diez veces, el hueso astillado en la carnosidad blanduzca y grasienta de Yod.

Un flujo parecido al pus emergió por tres o cuatro boquetes de la bestia. Se agitó ésta, emitiendo bramidos que no llegaban al oído de Rhan. Este se incorporó, jadeante, masacrando vez tras vez a la bestia, a golpe constante del hueso incisivo, sobre la zona más sensible de la criatura.

Regueros de aquella pululante materia brotaron por los cortes y grietas abiertos en la forma infecta, ésta se agitó convulsa, y terminó por quedarse inmóvil, entre espasmos cada vez más débiles.

La lucha había terminado. Yod yacía sin vida. Rhan, sudoroso, jadeante, dejó caer la tibia rota, su primaria y eficaz arma de combate. Al menos, el sacrificio de uno solo de aquellos desdichados no había, sido vano. Un solo hueso de su cuerpo había servido para exterminar al monstruo.

Miró hacia arriba. Druva y Kirak asomaban, estupefactos. El guardián de la Esfinge parecía no poder creer lo que veía. Rhan se encaminó al liso muro del recinto donde se alojara hasta entonces el feroz Yod. Halló unos escalones tallados en la piedra. Los remontó, llegando arriba. Druva, sollozando, se arrojó en sus brazos. No pudo oírla. Ni a Kirak tampoco.

Sonrió,
señalando
hacia abajo.

—Todo acabó —dijo—. Ahora saldremos de aquí con vida, por donde hemos entrado. Nadie va a impedírmelo.

Para su asombro, Kirak se arrodilló ante él, sumiso. Los pequeños hombrecillos, aterrados, le miraban como a un dios o a un demonio y se acurrucaban en el suelo, en plegaria fervorosa de sometimiento. Rhan tomó a Druva consigo. La llevó hacia la salida, sin que nadie se moviera para intentar evitarlo.

Se inclinó. Tomó el casquete y se lo ajustó. Se conectó de nuevo con el mundo que le rodeaba.

—Vamos fuera —-dijo a Druva, sonriente—. El monstruo ha muerto.

Ursal tendrá que explicar muchas cosas al pueblo a partir de ahora. Además, Yod ejercía una influencia mental sobre la gente, sin que ellos lo supieran. Vamos a encontrar un mundo Zor diferente, Druva. Yo me encargo de ello...

Ella asintió, mirándole con profunda fe, apretando su mano con fuerza.

—Sé que lo harás, Rhan —susurró—. Creo en ti... como creo ya en tu

Dios, el que te dio fuerzas y armó tu brazo para vencer al Mal...

Salieron por la boca de la Esfinge. Un clamor de asombro invadió la plaza entera. Rhan alzó sus brazos al aire, gritando a la multitud.

—¡Habéis sido engañados! ¡Yaddah no existe! ¡La Esfinge era el cubil de un monstruo devorador de seres humanos llamado Yod! ¡Y Yod ya no existe, yo lo maté!

—El extranjero dice verdad —habló Kirak tras él—. Escuchadle, escuchadle todos. El venció al monstruo que nos tenía cautivos. No sé
cómo, pero lo hizo. Es nuestro libertador. Ya nadie será sacrificado en su juventud, engañándole con falsas promesas de nueva vida y nueva infancia. Todo era mentira. Ursal fue quien urdió la patraña, dominado por el poder mental de Yod.

La multitud, los propios soldados, se volvieron hacia Ursal. Kirak había hecho abrir la puerta inferior de la Esfinge, dando salida a los niños que
esperaban allí la ficción del retorno de los «reciclados». Un clamor de ira y de indignación invadió la plaza.

Ursal, Vania y los dos consejeros no pudieron escapar. Los soldados se encargaron de apresarles. Rhan sonrió, apretando la mano de Druva y mirándola a los ojos.

—Hemos vencido, Druva —murmuró—. Ahora habrá una nueva fe, un nuevo orden aquí. Esto es sólo el principio de algo mejor...

—¿Y tú? ¿Te quedarás con nosotros?

—Es posible. Si éste va a ser un lugar libre, me gustará quedarme, sí.

—¿Y... serás algo más que amigo para mí? Xal ya no existe... y me sentiré muy sola...

—También yo me siento solo —sonrió Rhan, mirándola. La besó en los
labios—. Sí, Druva. Tú y yo somos parecidos. Nos sentimos solos, amamos la libertad, la vida... Será hermoso envejecer juntos. Muy hermoso...

F
I
N